11160

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

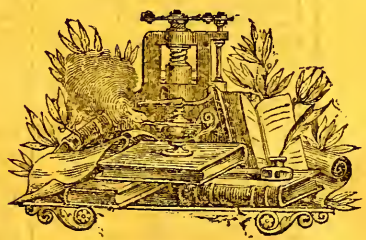
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



18

Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galería.*

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?
Un tercero en discordia
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El que dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
El desengaño en un su
Mas vale llegar á tiem
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Ret
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquista
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Ar
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de ant
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierd
Rivera.
El rigor de las desdic
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdeñ
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con pe
Shakespeare enamora
Máscara reconciliado
El testamento.
El gastrónomo sin din
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanisl
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi mug
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artis
La segunda dama du
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los tr
Los perros del mon
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

UNA CADENA.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ESCRITA EN FRANCES POR MR. SCRIBE,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON ISIDORO GIL.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1842.

PERSONAS.	ACTORES.
FEDERICO DE ALBRET, *jóven compositor.* . . .	*D. Julian Romea.*
CLERAMBEAU, *comerciante, su tio.*	*D. José García Luna.*
EL CONDE DE SAN GERAN, *Contra-Almirante.* .	*D. Pedro Sobrado.*
HECTOR BALANDARD, *abogado.*	*D. Florencio Romea.*
LUISA, *muger del conde.*	*D.ª Matilde Diez.*
ANA, *hija de Clerambeau.*	*D.ª Carmen Corcuera.*
FRANCISCO, *criado de Federico.*	
UN CRIADO DEL CONDE.	
UN MOZO DE LA FONDA.	
UN NOTARIO.	

La escena pasa en Paris.

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa un elegante estudio de artista. A la derecha un piano: cerca del piano, una mesa cubierta de un rico tapete, y encima de ella papeles de música.

ESCENA PRIMERA.

HECTOR. FEDERICO.

(*Sale Hector por el foro. Federico está sentado al piano, pero pensativo, apoyando la frente en una mano.*

Hector. (*Alegremente.*) Yo soy... un profano en el templo de las artes.

Federico. (*Alzando la cabeza.*) ¡Amigo Balandard!

Hector. Te distraigo?... te robo alguna inspiracion?

Federico. No.... estaba sin hacer nada.

Hector. Malo! El público espera de tí una nueva ópera digna de la primera..... Qué gloria, obtener á los veinticinco años en nuestro gran teatro lírico un triunfo que á todos nos trae locos!... como que hasta yo, Hector Balandard, triste abogado, me envanezco entre los curiales con ser tu amigo... y eso que no es gente muy filarmónica. A todos les digo: ese joven compositor es Federico de Albret, mi paisano, hijo como yo de Burdeos; y nunca, desde la infancia, nos hemos separado. (*Entregándole una carta.*) Ah! toma otra carta que he recibido esta mañana para tí.

Federico. (*Guardándola en el bolsillo.*) Gracias... ¿Te has incomodado en traerla?

Hector. No tal... Hasta las doce en que tengo que ir al tribunal, me sobra tiempo. (*Dando una palmadita en el bol-*

613047

sillo en que Federico ha guardado la carta.) Será esta carta relativa al pleito de que me tienes que hablar?

Federico. Sí.

Hector. Pues cuando quieras... Un cliente como tú, da siempre crédito á procuradores y abogados.

Federico. Tú no lo necesitas... Son ya proverbiales tu inteligencia, tu actividad, y sobre todo tu honradez.

Hector. Qué quieres?... traté de distinguirme y elejí ese camino.... Un abogado que no embrolla los pleitos, ha parecido á todos un fenómeno, y mi clientela se ha triplicado.

Federico. Y tus ganancias tambien; como que vendrás á sacar tus cuarenta mil francos anuales.

Hector. Por ahi, por ahi... Con todo, vivo obscurecido, sepultado entre papelotes, sin que nadie se acuerde de mí, á no ser mis clientes, que me olvidan cuando les toca darme los honorarios. Pero tú, ya es otra cosa... Qué carrera tan brillante!... aplausos, gloria... tambien dinero. La vida de artista es vida de placeres. Pasas las mañanas con las mas lindas cantatrices de París, y las noches en la alta sociedad, donde (*Bajando la voz.*) si no mienten malas lenguas, hay mas de una duquesa ó marquesa que se muere por tus pedazos.

Federico. Calla, loco.

Hector. A propósito de esto; quisiera pedirte un favor. Darán pronto tu nueva ópera?

Federico. Ya han empezado á estudiar el primer acto, pero es el único terminado.

Hector. Pues desearia que me llevases á los ensayos.

Federico. Siempre que quieras.

Hector. (*Con timidez.*) Es decir que entraré en el teatro? podré hablar con las cantarinas?

Federico. Ya se vé que sí.

Hector. No sé si me atreveré.

Federico. Por qué no?

Hector. Haré un esfuerzo... Otro favor. Podrás proporcionarme esquelas de convite para baile ó concierto en casa de alguna duquesa?

Federico. Cosa muy facil.

Hector. Aunque hayan servido.... lo que yo quiero es poderlas enseñar.... Ambas cosas me serian muy útiles.

Federico. Por qué?

Hector. Porque has de saber... (*Bajito.*) que trato de casarme.

Federico. Bien hecho... sobre todo, si el amor...

Hector. Sí... es amor... y un buen negocio... Una buena chica y un gran dote, todo junto El padre es un rico mercader, y su hija me gusta mucho.... Doscientos mil francos por de pronto, sin contar la herencia... Y qué educacion! Figurate que en vez de Juliana, quiere que la llamen Julia... Sabe pintar y tambien canta.

Federico. Tendrá buena voz?

Hector. Es como yo, se desentona. Por esa parte, al menos, habrá armonia en nuestro matrimonio.... Pero en eso solo nos parecemos... ella tiene imaginacion poética: sueña en un marido ideal, vaporoso... y yo soy tan prosáico, tan positivo!... quiere un amante muy apasionado, y yo no tengo siquiera tiempo para enamorarme... Si fuese como tú, un hombre á la moda, un hombre de aventuras, la señorita Julia Giraut me adoraria... Antes de ayer la dige que eras mi amigo, y no te puedes figurar que buen efecto produjo... Si llega á saber que tengo entrada en el teatro, y sobre todo que voy á casa de duquesas, se acabó, la vuelvo loca.

Federico. Sí... ya comprendo.

Hector. Oh! Las duquesas! que haya hombres tan dichosos que se hagan amar de ellas! Yo me contentaria con una condesa... hasta con una baronesa, á falta de otra cosa mejor... Mil veces, pensando en tí, digo para mi sayo. «Federico, pícaro Federico, que feliz eres!» Es la única cosa en que te tengo envidia.

Federico. Haces mal. Te acuerdas de la fábula de Icaro?

Hector. Sí: no soy todavia bastante abogado para haber olvidado la mitologia... Pero gracias á Dios, tú no caes: al contrario, subes como la espuma.

Federico. Si no caigo, me falta poco... El torbellino que me arrebata en esas altas regiones, me impide crearme como tú, una posicion sólida, honrosa, independiente. ese mundo elegante y futil, en que me veo lanzado á pesar mio, me hace perder todos los instantes que deberia dedicar al estudio... Muchas diversiones, eso sí, muchas ocupaciones estrañas á mi profesion; pero entretanto, mi ópera no adelanta. Por ejemplo, esta carta que acabas dé entregarme.... (*La saca.*)

Hector. La del pleito?

Federico. (*Irónicamente y abriendo la carta.*) Este pleito ha tiempo que lo tengo ganado... Mas para evitar sospechas, las cartas me llegan por tu conducto... A fuer de abogado creerán asi que solo tratan de negocios.

Hector. Y son cartas de amor! Alguna marquesa?

Federico. Me recuerda que mañana se da en la grande ópera una funcion estraordinaria, un beneficio; y que debo acompañarla.

Hector. En su coche... y en su palco?

Federico. Sí... pero ese palco, he tenido yo que buscarlo..., estaban todos tomados, y me ha sido preciso dar mil pasos... En fin, á fuerza de diligencias y de dinero he podido obtener uno.... (*Sacando un boletin de teatro del cajon de la mesa.*) Aqui está: número diez de principales, entre dos columnas... Sabes tú lo que me cuesta?

Hector. Qué sé yo?... Ciento.....doscientos francos.

Federico. No hablo de eso. (*Arroja sobre la mesa la cubierta de la carta, y guarda esta entre las hojas de un manuscrito: luego envuelve en otra cubierta el billete, lo sella, pone el sobre y lo guarda en el bolsillo. Todo esto mientras dice las palabras siguientes.*) Lo que me cuesta es un tiempo precioso... todo el dia de ayer malgastado en buscarlo, en vez de estar ahí, al piano, componiendo un quinteto que me trae loco, cuyo motivo tenia ya, y que he olvidado con tantas idas y venidas....

Hector. Lo siento; porque conozco ciertas personas que estan esperando con ansia la primera representacion de tu nueva obra para asistir á ella.

Federico. Quienes?

Hector. Tu propia familia: tu tio Clerambeau, y tu prima la linda Anita.

Federico. Mi prima!

Hector. Apostaria á que eso es precisamente lo que les trae á París.

Federico. De veras?

Hector. Es verdad, que la enfermedad que tu prima ha padecido....

Federico. Sí... la ví bien mala... Pobre Anita!

Hector. Ya está buena del todo; pero ha persuadido á su padre que los aires de la capital la probarian; y como es uno de los mas ricos comerciantes de Burdeos, y solo tiene esa hija...

Federico. Pero cuándo llegarán ?

Hector. Ya deberian haber llegado.

Federico. Cómo lo sabes ?

Hector. No soy yo el abogado y agente de M. Clerambeau? Has olvidado aquel ruidoso pleito que le hice ganar, y para el cual tuve que hacer el año pasado dos viages á Burdeos ? Tengo el encargo de buscarle un cuarto.

Federico. Y bien ?

Hector. Y bien ! He pensado que en ninguna parte lo podia hallar mejor que en la fonda de Castilla.

Federico. En esta ?

Hector. En esta. Le he tomado todo el piso principal ; y asi tendrá el gusto de vivir en la misma casa que su sobrino.

Federico. (*Abrazándole.*) Escelente idea , amigo mio ! Con que volveré á ver á mi familia ? Que alegria ! Volveré á ver á Anita , mi hermana , mi compañera de infancia y mi discípula !

Hector. Seremos sus acompañantes.

Federico. Sí... tú darás el brazo á mi tio.

Hector. Los llevaremos á todas partes.... A las sesiones de la audiencia.

Federico. A la primera representacion de mi ópera.

Hector. Si no está concluida.

Federico. Lo estará, lo estará pronto... Quiero que presencie mi trunfo... Oh ! es muy inteligente !... y luego tiene una voz !... Vamos , manos á la obra... (*Yendo al piano.*) Ya he vuelto á hallar mi quinteto... Me acuerdo del motivo... Escucha.

Hector. (*Tomando una silla.*) Sí... qué gusto !... Pero calla..

Federico. Qué hay ?

Hector. (*Prestando el oido.*) Suben... no oyes ?

Federico. Sí... esa voz... (*Se abre la puerta.*)

ESCENA II.

DICHOS. CLERAMBEAU. ANA.

Federico. (*Esclamando con alegria.*) Tio mio ! Querida prima ! (*La abraza.*) Qué dicha el volverte á ver !

Clerambeau. (*Poniéndose entre los dos.*) Y bien ! Y bien ! Y yo, no soy nadie ?

Federico. (*Apretándole la mano.*) Felices, querido tio! (*Mirando á Ana.*) Qué hermosa se ha puesto mi prima en un año que no la veo!

Ana. Y decia mi padre que no!

Clerambeau. (*Asiéndola por la mano.*) Saluda á nuestro amigo, el señor Balandard, y dale gracias por la linda habitacion que nos ha buscado.

Ana. Ya se vé que es magnífica.

Clerambeau. No me habeis escrito que mi sobrino vive tambien en esta fonda: me lo acaban de decir.

Hector. Os guardaba esta sorpresa.

Ana. Él en el segundo piso, nosotros en el principal: asi nos podrá visitar mas á menudo sin molestarse.

Clerambeau. No, yo no quiero que se moleste.... entre nosotros fuera etiquetas... Ya lo ves, asi que llegamos hemos subido á verte; mas esto no te compromete á nada.

Federico. Pues qué?

Clerambeau. Tú tienes tus ocupaciones: un artista necesita trabajar.

Federico. Hay tiempo para todo... y si quereis os presentaré en las mas brillantes reuniones de París.

Clerambeau. No, gracias.

Hector. Oh! está lanzado en la alta sociedad.

Clerambeau. Tanto peor... Se parece á su padre, mi buen cuñado Baltasar de Albret. El siempre estaba por lo ideal, y yo por lo positivo... Mil veces le quise asociar á mi comercio; pero nada; en vez de dedicarse á la marina mercante en que se gana dinero, se empeñó en ser de la marina real...

Federico. En la que se ganan grados y gloria.

Clerambeau. Y tambien balazos.... Asi sucedió con él... Murió en la batalla de Navarino... á poco le siguió su viuda, dejándome á su hijo.... Procuré darle una buena educacion... le coloqué en mi escritorio... Estaba en camino de hacer una buena carrera... y quién sabe? (*Mirando á su hija.*) Acaso algun dia... Tenia yo ciertos proyectos... Pero contaba sin la huéspeda: en una familia hay tantos genios diferentes cuantos son los individuos... A lo mejor oí decir por todas partes que mi sobrino tenia disposiciones, talento...

Federico. No era eso, sino el deseo de no seros gravoso; de no abusar de vuestros beneficios!

Clerambeau. Mis beneficios!... Quién diablos te hablaba de ellos?

Federico. Yo que nunca los olvidaré.

Clerambeau. Y era esa razon para abandonarnos?... Talento! Genio!... Quién te pedia que lo tuvieses? Quién te dió semejante idea? E idea de ser músico! Fui yo por ventura? yo que jamas he podido comprender lo que es una nota?

Hector. (*Pasando al lado de Ana y dando la mano á Clerambeau.*) Dadme esos cinco... lo mismo me sucede á mí...

Clerambeau. Detesto las artes... y mas que todas la música. De qué sirve un pintor? de qué un músico? Para maldita la cosa, como no sea para introducir la cizaña en las familias, y volver el juicio á las muchachas que pierden al piano un tiempo precioso que emplearian mejor haciendo cuentas ó aprendiendo la partida doble.

Ana. Pero, padre...

Clerambeau. No lo digo por tí... Ya sé que llevas mis libros de caja y diriges la correspondencia.

Ana. Y cuido ademas de la casa.

Clerambeau. Es cierto... Y si tengo el disgusto de oirme decir todos los dias: «vuestra hija canta como una Malibran,» á fé que no es culpa mia, sino de mi sobrino. Y qué remedio ahora?... Es mal inveterado... Eran tamañitos asi, y ya me alborotaban la casa; una casa de comercio! Todo se volvia duos, quintetos, finales que el sobrinito componia y que cantaba con su prima... Y para qué? Para decir siempre una misma cosa. (*Remedando á uno que canta.*) «*Io t' amaró, tu m' amarai.*» Y échela usted luego de amo de casa... con una hija única, y temiendo á cada instante perderla... Ya se ve, no hay mas que aguantarse y faltar uno á sus principios.

Ana. Pues bien contento estabais el dia que asististeis á la ópera de mi primo... Porque habeis de saber, Federico, que tambien se ha ejecutado en Burdeos... Y todos aplaudian!... y era un entusiasmo! Ya se ve, obra de un compatriota!... Hasta mi padre, despues de aquel duo tan hermoso del primer acto, lloraba de alegria... Pues no digo nada, cuando pidieron el nombre del autor que no estaba presente, y las miradas de todos se volvieron há-

cia nuestro palco, y nos victorearon, recayendo en nosotros vuestra gloria. Oh! entonces, padre mio, no me negareis que os enternecisteis.

Clerambeau. Yo?... Qué! desatino.

Ana. Sí, si... yo lo ví... vuestras lágrimas corrian... estabais conmovido.

Clerambeau. Ya se ve que sí... porque me diste un susto.... creí que te desmayabas.

Federico. Es posible?

Clerambeau. Pues... y cuando mi hija se desmaya, todo lo olvido, y todo lo concederia.

Ana. Ya lo sé... pero no abuso de ello.

Clerambeau. Es que entonces, volviste pronto en tí.

Ana. Y nada os pedí.

Clerambeau. Es cierto... pero que no te vuelva á suceder.

Ana. Es tan bella esa ópera!... Todos decian: no volverá á hacer otra igual; y yo al contrario, apostaba á que sí.

Clerambeau. Vamos... basta. No estorbemos á tu primo que trabaje. Despídete, y vámonos. (*Agarra á Anita por la mano y quiere irse, mientras Federico va á colocarse al lado de Hector.*)

Ana. Un momento... Dejadme ver el cuarto de mi primo... Qué bonito es!... Y qué magnifico piano tiene!... Aqui es donde componeis tan bellas melodías... (*Tomando un cuaderno.*) Y este cuaderno... ¿es el libreto de la nueva ópera?... A ver? (*Leyendo.*)

Tu vida es mi vida,
Respiro por tí.
Te ausentas y cesa
Mi triste existir;
Mas vuelves, y al punto
Renazco feliz.

Clerambeau. (*Recogiendo un papel que cae de entre las hojas del cuaderno.*) Sí... sí... muy lindos versos... Pues, y estos?— « Que dichosa seré si logro ir mañana con vos á la ópera, querido amigo mio!»

Ana. (*Conmovida.*) Querido amigo!

Clerambeau. (*Dejando de leer y volviéndose hácia Federico.*) Ah! Perdona, sobrino. (*Notando la conmocion de Ana.*) Hija... qué tienes?

Ana. (*Procurando recobrarse.*) Yo?... Nada... Volved esa carta á mi primo.

Federico. (*Cortado.*) A mi? No por cierto. No es mia.

Ana. Pues, de quién?

Federico. (*Titubeando.*) De Balandard.

Hector. Mia!

Clerambeau. A otro perro con ese hueso.

Federico. Os aseguro...

Clerambeau. Pruébalo.

Federico. Muy facilmente... Ved el sobre... es la misma letra... Leed... A Mr. Balandard, abogado, calle de...

Ana. (*Con alegria.*) De veras?

Hector. Pero hombre... (*Bajo á Federico.*)

Federico. Calla. (*Lo mismo.*)

Clerambeau. Es verdad... No hay duda... Y el sello tiene unas armas... Es de alguna gran señora... Quién lo creyera? Hector Balandard á quien yo creia el mas puro y casto de los abogados.

Hector. (*Contenido siempre por Federico.*) Eso no estorba para que...

Clerambeau. Y en vista de esto, qué serán los otros? Quitad allá!

Hector. (*Colocándose entre Clerambeau y Ana.*) Oidme, por Dios, y luego...

ESCENA III.

DICHOS. FRANCISCO.

Francisco. Preguntan por el señor de Clerambeau y su hija.

Clerambeau. Quién?

Francisco. Un caballero como de unos cuarenta años... Se ha quedado esperando abajo.

Ana. Será mi padrino, de fijo: me prometió venirnos á ver asi que llegasemos.

Clerambeau. Oh! pues vamos corriendo... Es nada menos que un conde, un par de Francia á quien hacemos esperar.

Ana. Adios, primo, hasta luego. Besoos la mano, señor Balandard.—No olvideis el palco para la ópera.

Hector. Cuando os digo que...

Clerambeau. (*A Federico.*) No tenia yo razon?... Si es imposible que en un Paris...

Ana. (*Desde el foro.*) Venís, padre?

Clerambeau. Ya voy... La inmoralidad ha invadido hasta la curia!... Vamos, vamos. (*Vase con Ana.*)

ESCENA IV.

FEDERICO. HECTOR.

Federico. (*Volviendo y conteniendo á Hector que quiere salir.*) No... no... quédate... no los sigas.

Hector. Quiero desengañarlos.

Federico. A qué?.. Qué te importa eso?

Hector. Me importa el que es tu tio uno de mis mejores clientes, y como le ha dado por la moralidad, formará mal concepto de mí, y me retirará sus negocios.

Federico. Tranquilízate.

Hector. Y por qué no te guardas para tí tus conquistas, sin colgármelas á mí? Tú eres soltero, yo casado... ó para el caso es lo mismo, puesto que trato de...

Federico. Es que solo la idea de que mi prima llegase á creer ó suponer...

Hector. Cuando la cosa es cierta...

Federico. Sí... pero al verla perder el color, no supe ya lo que me hacia.

Hector. Eso es decir que la amas?

Federico. Yo? Qué idea!... Ni lo puedo, ni lo debo.

Hector. Quién te lo impide?

Federico. Mi tio es inmensamente rico, y yo...

Hector. Él tiene riquezas, tú talento... cosas ambas que vienen de perilla para una boda.

Federico. No le has oido antes?... Aborrece las artes y á los artistas.

Hector. Su hija los ama... y hará que él los quiera.

Federico. Nunca.

Hector. Le suplicará!

Federico. Será inexorable.

Hector. Pues bien, se desmayará; y ya sabes que para él es este un argumento sin réplica.

Federico. Nada adelantariamos... porque... mira... si supieras... si me atreviese á decirte...

Hector. Hay ademas otras razones?

Federico. Sí... las hay.

Hector. Pues, á qué aguardas? Dímelas. No soy tu amigo, tu abogado?

Federico. Es cierto... escucha. Cuando ha cuatro años dejé á Burdeos, mi prima tendria de trece á catorce años... era una niña. Llegué á Paris lleno de entusiasmo, de ambicion, y soñando en la gloria, en la fortuna... Sueños eran, con efecto. No conocia los obstáculos sin número que un artista tiene que vencer al principio de su carrera... Cómo probar al mundo que existia realmente en mí ese fuego creador, ese talento sublime? Un pintor no necesita mas que un lienzo, colores y pinceles. Ejecuta su cuadro, y luego dice á las gentes: «mirad...» Pero un músico, un compositor, cuán diferente es su suerte! A solas con sus inspiraciones, brotan de su cabeza mil melodias divinas, sin encontrar oidos que las escuchen. Necesita primero un miserable libreto, luego un teatro, luego cantantes, luego una orquesta, luego un público, en fin, á quien pueda decir: «escucha.» Y todo eso me faltaba; y el desaliento, la desesperacion se apoderaban de mí, reemplazando mis locas ilusiones... Ya tocaba la miseria, el hambre, la muerte... Sí, sí, antes morir que volver á mi tierra, al seno de mi familia, pobre, obscuro, desconocido como cuando la abandonara.

Hector. Y nunca me dijiste una palabra de eso!

Federico. Los triunfos se cuentan; pero los desengaños del amor propio se ocultan á los ojos de todos... se guardan aqui, aunque nos sofoquen. Hallábame una noche en una brillante sociedad del barrio de san German, merced á mi habilidad en el piano; y alli, entre mil bellas á quienes daba nombradía su mérito, ó la moda, se presentó á mi vista una joven cercada de numerosos adoradores, todos condes ó marqueses. Altiva, desdeñosa, en vano se postraba á sus pies toda aquella elegante juventud, mendigando una mirada, una sonrisa. Mi aire triste y meditabundo hubo de llamar su atencion, ó bien su nativa generosidad le hizo adivinar que existia alli un desgraciado á quien socorrer... Atraviesa el salon, y se sienta á mi lado... Me estremecí... Aun no la habia osado mirar

de cerca; aun no habia contemplado aquella divina hermosura...

Hector. Conque estabas juntito á ella?... Qué pícaro tan dichoso!

Federico. Antes que me hubiese hablado, ya sus miradas me habian dicho: « qué teneis?» Asi es que á poco rato, y casi á pesar mio, ya le habia confiado todas mis cuitas... Me escuchaba con una dulce sonrisa... con aquella sonrisa angelical que promete socorro y proteccion... Apenas habia yo acabado de hablar, cuando con el abanico hizo seña de que se acercase á uno de aquellos jóvenes que mas asiduos habian estado á su lado.

Hector. Algun duque, algun marques?

Federico. No por cierto.

Hector. El ministro de lo Interior.

Federico. Mucho menos... Un literato, un poeta que con sus escritos habia sabido labrarse una suerte independiente... «Caballero, le dijo: no ha mucho que deseabais tener una ocasion de complacerme en algo... Pues bien, hé aqui un joven compositor á quien no conoceis, pero que yo sí conozco... Deseo le escribais un libreto para una ópera, pensando al componerlo, no en vos, sino en él, pues necesita formarse una reputacion.» A los pocos dias tenia el libreto en mi poder, y algunos meses despues un nombre, gloria, dinero y un porvenir venturoso.

Hector. Magnífico! Yo hubiera adorado á una muger semejante.

Federico. Eso es cabalmente lo que á mí me sucedió... Mi único pensamiento era ya seguirla á todas partes, en los bailes, en los conciertos, donde oculto entre las gentes me embriagaba con el placer de verla. Dicen que el amor se acrece en el retiro y la soledad... Ah! cuanto mas poder ostenta en las brillantes reuniones donde el lujo de los vestidos, el resplandor de mil luces, la multitud de obsequios, realzan la hermosura de la persona á quien se adora, y los obstáculos irritan la comprimida pasion, consumiéndose horas enteras en solicitar y obtener una sola mirada!... En suma, amigo mio... Aquella muger tan altiva, tan bella, tan envidiada de todos, fue por fin sensible á mi gratitud, á mi amor, y á una tal cual gloria que era esclusivamente obra suya.

Hector. Y no te consideraste como el mas feliz de los hombres?

Federico. Sí tal.

Hector. Daria por lograr igual fortuna mi bufete con toda mi clientela... Qué mas te queda que apetecer?

Federico. Nada... pero una vez calmado el ardor primero, la razon hace su oficio y se abren los ojos á sus rayos.... Esa posicion tan deliciosa, tan llena de atractivos, se muestra en su triste realidad, falsa, terrible, peligrosa. Vivir continuamente disimulando y mintiendo; recatarse uno en acciones, en discursos y hasta en las miradas; no atreverse á confesar á nadie ni las dichas ni las penas; turbar la paz de un matrimonio; engañar á un hombre honrado que os llama su amigo y os colma tal vez de atenciones y beneficios... tal es vuestra existencia... Y si en un momento de vergüenza y remordimientos, se siente uno con el valor suficiente para renunciar una dicha que tantos sinsabores causa; si se llega á anhelar una vida menos agitada; si se apetecen la calma y el reposo tan necesarios á los artistas; si, en fin, se columbra á lo lejos una existencia pacífica... un dulce lazo... una familia... al punto la gratitud, el deber, os vedan semejante idea, y os dicen que el hombre se debe á la que todo se lo ha sacrificado... Entonces, y solo entonces, conoce uno que ya no es dueño de su porvenir... y por seductores que parezcan los lazos que le amarran, advierte al fin que semejante cadena, por ser de flores, no deja de ser cadena.

Hector. Luego tienes algo que echarla en cara?

Federico. Nada, por desgracia... Buena, amable y complaciente... todo lo sacrificaria por mí.

Hector. Pero por fuerza ha de tener alguna culpa.

Federico. Las culpas todas son mias... una sobre todo... la mas grande, la mas terrible.... y es que á pesar mio, siento que...

Hector. No la amas?

Federico. No es eso, no... la quiero, la estimo... la venero, desearia hallar una ocasion de morir por ella, porque así me desquitaria...

Hector. Pues, lo que digo, no la quieres.

Federico. Si tal... es decir, la quiero menos, ó mas bien, la quiero de otro modo, desde que por desgracia, habrá un año... otra á quien he vuelto á ver...

Hector. Tu prima?

Federico. Mi prima, sí... Este año último pasé quince dias en Burdeos... y entonces, la que habia dejado niña, se ofreció á mis ojos adornada con todos los encantos de la juventud... Pude admirar aquel candor, aquel genio tan amable, aquel corazon tan sencillo, aquellas miradas que retrataban la pureza de su alma... todo me decia que su afecto era el mismo; y que entonces como antes, como siempre, veia en mí á su hermano, su amigo, su esposo... (*Con amor.*) Yo su esposo! (*Con desesperacion.*) Y esos lazos que no puedo romper!

Hector. No lo puedes?

Federico. No, no... porque no puedo ser ni ingrato ni traidor. Se lo debo todo, y á no ser por ella, nada seria.... Y yo recompensaria su amor, sus beneficios, con un abandono pérfido, cobarde!... sí, cobarde... porque mil peligros la cercan... Por mas prudencia que he procurado tener, el odio y la envidia velan y la acechan... ya circulan sordos rumores, viles sospechas... y su marido es blanco de necias chanzas que le han puesto en alarma... Un rompimiento lo descubriria todo; porque ella, en su dolor, en su desesperacion, todo lo atropellaria... quedando comprometidos su honor, su reputacion... No, no: mi suerte está decidida; y aunque no sea mas que por castigo, por justa espiacion, permaneceré mal mi grado atado eternamente á la cadena que me he fraguado, y que otros tal vez me envidian.

Hector. Pero algun medio ha de haber...

Federico. Cuál? no puede ser... (*A Francisco que sale.*) Qué es eso? qué se ofrece?

ESCENA V.

DICHOS. FRANCISCO.

Francisco. Una visita.

Federico. A nadie recibo... no tengo tiempo.

Francisco. Ved la targeta.

Federico. Sea quien sea... no estoy en casa... (*Francisco coloca la targeta sobre un velador que habrá á la izquierda, y hace ademan de irse. Federico se acerca á él, y*

le da el pliego donde ha encerrado el billete del palco sacándolo del bolsillo.) Toma.... llevarás este billete donde sabes.

Francisco. Bien está, señor.

Hector. (*Que habrá pasado á la izquierda, toma y lee la targeta que dejó el criado.*) El conde de San Geran, par de Francia.

Federico. Cómo! el conde de San Geran! Qué quiere? dónde está?

Francisco. Abajo: en casa de vuestro tio.

Federico. Pues que suba, que suba. (*Vase Francisco.*)

ESCENA VI.

FEDERICO. HECTOR.

Hector. (*Con la targeta siempre en la mano.*) El conde de San Geran, par de Francia... Es pariente de ese terrible marino, ese endemoniado duelista que mata siempre á su contrario, y que acaba de ser nombrado contra-almirante?

Federico. Es el mismo.

Hector. Diablos! y le recibes en tu casa?

Federico. Por qué no?

Hector. Debe ser un hombre feroz... fumando y votando siempre... con la pipa en la boca y el sable en la mano... Y yo que soy hombre de paz... fuera de los pleitos... No me gustan las gentes que disputan y se pelean... como no sea en los tribunales.

Federico. Por lo visto no tienes aficion á los marinos.

Hector. No por cierto.... y á ese mucho menos.

ESCENA VII.

DICHOS. EL CONDE DE SAN GERAN. FRANCISCO.

Francisco. (*Anunciando.*) El señor contra-almirante, conde de San Geran. (*Federico y Hector van á su encuentro.*)

San Geran. Os lo suplico, caballeros, no os incomodeis: si dais un paso mas, me retiro.

Federico. Señor conde...

San Geran. Me hareis arrepentir de haber venido á estas horas y con toda franqueza... Salgo ahora mismo de casa de vuestro señor tio, á quien he tenido la honra de visitar... y á trueque de interrumpiros alguna feliz inspiracion, no he querido marcharme sin dar los buenos dias á un amigo.

Federico. Os agradezco...

San Geran. Pension es esta del talento y de la celebridad... tener que sufrir las impertinencias y las visitas de los aficionados.

Hector. Ah! este caballero es aficionado á la música?

San Geran. Abonado constante al teatro italiano. Dilettante furioso. Yo era idólatra de la música italiana: (*A Federico.*) pero vos me habeis reconciliado con la francesa, con la que estaba reñido hace tiempo... pues aborrezco el ruido y el estruendo.

Hector. Vos, señor?

San Geran. Huiria por evitarlo al cabo del mundo. (*A Federico.*) Os vengo á recordar un placer que me habeis prometido.... el de asistir al primer ensayo de vuestra nueva obra.

Hector. (*Con jactancia.*) Yo tambien asistiré.

San Geran. Entonces el placer será doble para mí... tendré el honor de sentarme á vuestro lado. Sois, sin duda, como yo, algun aficionado?

Hector. No señor: no soy ni aficionado, ni alto personage.

San Geran. Mejor... algun artista.

Hector. Soy abogado.

Federico. Hector Balandard, mi amigo íntimo... y á quien os pido el permiso de presentaros.

San Geran. Ah! sí: conozco al señor por su reputacion de hombre de honor y probidad... Ya veis que la presentacion es inútil... Sois muy amigos?

Federico. Le confio todos mis negocios.

San Geran. Siendo asi, no hay inconveniente en que oiga uno muy interesante de que deseo hablaros.

Federico. Pues qué, veníais?...

San Geran. Para lo del ensayo primero... y luego, para otra cosa. Sentémonos. (*Hector toma una silla que presenta*

al conde: *Federico toma otra, y Hector tambien una tercera.*)

San Geran. (*A Hector, que permanece en pie.*) Primero vos, si gustais.

Hector. Ah! no señor.

San Geran. Os lo pido por favor. (*Hace que Hector se siente al mismo tiempo que él.*)

Hector. Con vuestro permiso... Pero estoy asombrado... Es, con efecto, el contra-almirante, conde de San Geran, á quien tengo la honra de hablar?

San Geran. Sí por cierto.

Hector. El que últimamente queria volarse con su navio?

San Geran. Por qué no?

Hector. Disimulad mi ignorancia... no habia visto en mi vida marinos sino en el teatro... y creia que todos debian estar siempre echando reniegos y hablando de babor y de estribor.

San Geran. (*Sonriéndose.*) Los habrá asi... mas no conozco á ninguno.

Hector. Será una mentira, como tambien sin duda lo de vuestros tres desafios.

San Geran. Esos no: por desgracia son harto ciertos.

Hector. Es posible?... Un hombre tan atento y tan...

San Geran. Por lo mismo me quiero justificar á vuestros ojos, pues tengo á pechos el que no formeis mal concepto de mí. Por inclinacion, y tal vez por singularizarme, siempre he sido afecto á la paz, al sosiego y al gobierno. Es un capricho como otro cualquiera... en una palabra: pertenezco al justo medio, soy par de Francia, y ademas marido: categorías todas que se suelen poner hoy en ridículo... Probablemente la hubieran tambien tomado conmigo... ya empezaban... pero como... y este es otro de mis caprichos... no me gusta burlarme de nadie, tampoco quiero que...

Hector. Ya, ya entiendo.

San Geran. Pues por lo mismo, en mis ratos perdidos... y un marino tiene muchos... traté de adiestrarme en la espada y la pistola... hasta el punto de no errar nunca el golpe.

Hector. Cáspita!

San Geran. De suerte que desde esos tres lances desgraciados...

Hector. Desgraciados para la parte contraria; pues los tres quedaron en el puesto.

San Geran. Asi fue... desde entonces los burlones callaron... vivo en paz con todo el mundo... y puedo ser con todos blando y atento... impunemente. Ya sabeis mi receta.

Hector. Es infalible... pero no haya miedo que yo la use. Hablemos ahora del asunto que os trae: asi estaré en mi terreno.

Federico. Por mi parte, aguardo con impaciencia.

San Geran. (*Sonriéndose.*) De veras?... Pues el caso es este. Sois, mi querido Federico, un apreciable jóven, á quien profeso el mas cordial afecto, no solo por vuestro talento, sino tambien por otra razon mas poderosa. Vuestro padre, Baltasar de Albret, era capitan de navio cuando entré de guardia marina, y me cobró tal cariño, que con su proteccion pude hacer prontos adelantos en mi carrera. Para esto me colocaba siempre al frente de los peligros, es decir, al lado suyo; y en su último combate tuve el honor de ser herido por la misma bala que le arrebató la vida.

Federico. Ah! señor...

San Geran. Esta es una de aquellas cosas que jamas se olvidan. Con sentimiento mio no os pude servir cuando llegásteis á Paris, por hallarme entonces en una espedicion lejana; pero tuve el gusto de asistir á la primera representacion de vuestra ópera; y aunque no soy pendenciero, pobre del que, hallándose á mi lado, no hubiese aplaudido... Por fortuna todos en esto estábamos acordes. No pudiendo, pues, hacer nada para vuestra gloria, trato ahora de asegurar vuestra felicidad... y he pensado en casaros.

Federico. A mí?... Vos?

Hector. Es posible?

San Geran. Por qué no? Un artista debe ser casado... hartos sinsabores rodean su existencia: acabarian con él si no los diese al olvido en las dulzuras del hogar doméstico. Necesita una persona amiga que á todas horas le aliente y le inspire. Si alcanza triunfos, á quién los contará? Si sufre derrotas, si la injusta crítica se ensaña en sus obras, quién le consolará? quién sino una esposa?

Federico. Ah! teneis mucha razon.

San Geran. No es cierto?

Federico. Pero en mi situacion incierta, careciendo de un porvenir seguro...

San Geran. En todo he pensado. Rara vez los artistas se hacen ricos: asi es que necesitan se les dé una fortuna hecha. Vuestra novia debe ser alguna rica heredera que os quite la molestia de pensar en los cuidados materiales, y os deje á vuestro sabor componer obras inmortales: la hija de algun rico negociante de Burdeos... por ejemplo, vuestra prima.

Hector. (*Levantándose.*) Cielos!

Federico. (*Lo mismo.*) Eso no puede ser.

San Geran. (*Levantándose un instante despues.*) Si puede ser ó no, eso me toca á mi, no á vos... Sin los obstáculos, sin las dificultades vencidas, qué mérito habria en mí? Ninguno, y aspiro á tenerlo. Solo exijo de vos una cosa... á la verdad indispensable... porque vuestra prima es mi ahijada, y debo tambien pensar en su dicha... Esa cosa es que me digais si amais á Anita.

Federico. Yo... señor...

Hector. (*Con presteza.*) La quiere, la adora, está loco por ella: hace un rato que me lo decia, y se daba al diablo por no poder aspirar á su mano.

San Geran. Luego si llegase á ser vuestra esposa, me prometeis labrar su felicidad.

Federico. Os lo juro por mi honor.

San Geran. (*Apretándole la mano.*) Bien, muy bien. (*Con frialdad.*) Pues señor, ya es vuestra.

Federico y Hector. (*Dando un grito.*) Cómo!

San Geran. Os la doy.

Federico. De veras?

San Geran. Es vuestra, digo: con cien mil escudos de dote... No hé podido hacer mas... pero mas tarde, veremos.

Hector. Esta sí que es buena... Yo que tengo por oficio agenciar buenos negocios, y que no soy nada lerdo, no los suelo terminar ni tan pronto, ni tan felizmente.... Dadme tambien esa receta: la prefiero á la otra.

San Geran. Hela aqui. Os he dicho que quiero á mi ahijada... casi tanto como á vos, y es mucho decir. A veces me escribia... y escribe muy lindamente... y aunque jamas me hablaba de su primo, llegué á sospechar que le amaba. La prueba está en que su enfermedad del año pasado empezó el dia mismo en que su padre le habló de

casarla con cierto hacendado rico de Medoc... Sabiendo, pues, que venia á Paris, he querido entablar el asunto el dia mismo de su llegada.

Hector. (*Estregándose las manos.*) Eso es.... al abordage. (*Aparte.*) Estos marinos me encantan.

Federico. Y qué ha dicho el señor de Clerambeau?

San. Geran. Qué ha dicho?... A fé que no se ha mordido la lengua... Ha respondido, clarito, que no.

Federico. Cielos!

San Geran. Y aun me rogó harto descortesmente, á mí, antiguo amigo de la familia, á mí, padrino de su hija, que no le volviese á hablar de semejante asunto.

Hector. Diablos! Confieso que por mi parte hubiera desistido.

San Geran. Pues yo no... y hé aquí lo que le respondí: «Señor Clerambeau, os acordais de aquel dia en que los ingleses os habian apresado tres buques mercantes? aquel dia en que vuestra casa iba á quebrar infaliblemente?.... Entonces, encerrado en vuestro gabinete, y no queriendo sobrevivir á vuestra deshonra, teníais ya en la mano una pistola amartillada... En tal momento os vinieron á decir que vuestros tres navios entraban en el puerto, habiéndolos recobrado el capitan San Geran.... Aun os veo bajar á saltos la escalera, y arrojaros en mis brazos diciéndome: capitan, todo cuanto poseo es vuestro, tomadlo. Entonces rehusé... hoy acepto... y de todos vuestros bienes, os pido el mas precioso... vuestra hija. Me la negareis?»

Federico y Hector. Y bien?

San Geran. Y bien!... Era una letra de cambio que le presentaba: habia llegado el plazo; y esos viejos negociantes, por intratables que sean, tienen tal costumbre de dejar bien puesta su firma, que me arrojó á su hija, diciéndome: «hela aquí, cobraos.»

Federico. Ah! señor! bienhechor mio!

San Geran. Me impuso, sin embargo, dos condiciones... mas no os asusteis. La primera fué... porque tambien los negociantes tienen su ambicion... la primera fué que su yerno, á falta de bienes, hubiese de llevar algun título, alguna condecoracion... Yo me encargo de eso. En cuanto á la segunda, es todavia mas facil.

Federico y Hector. Cuál?

San Geran. Aunque amigo de las buenas costumbres, me dijo, no soy tan riguroso que exija que mi yerno haya sido hasta aqui un santo anacoreta... Perdonaré cualquiera de esas locuras juveniles, errores de un dia, que no tienen consecuencia ni dejan rastro alguno.

Hector. Qué buen suegro!

San Geran. Pero no queriendo esponer, añadió, la dicha de mi hija á peligros ciertos, no puedo consentir ninguno de esos lazos serios que echan raices en el corazon y comprometen el porvenir.

Federico. (*Aparte.*) Cielos!

San Geran. Tenga yo vuestra palabra y la suya de que ningun peligro semejante existe, y consiento luego en todo.

Federico. Señor...

San Geran. (*Sonriéndose.*) Le he jurado que no os conocia ninguna relacion de esa clase... y vos mismo podreis.... Qué es eso? os turbais?

Federico. Es que...

San Geran. Y bien?

Hector. Es que precisamente... hace tiempo ya... que tiene cierto compromiso...

Federico. (*Con presteza á San Geran.*) Que romperé, os lo aseguro. Hoy mismo todo quedará concluido... y para siempre.

Hector. Eso me gusta... A bien que la cosa es facil.

San Geran. (*Meneando la cabeza.*) No tanto, amigos mios: no tanto como pensais.

Federico. Una vez decidido...

Hector. En tomando una buena resolucion...

San Geran. Aun asi... hay consideraciones que guardar... Y luego, el honor de una familia ó de un marido, la desesperacion de una infeliz muger, su amor, sus lágrimas, vuestra propia debilidad, mil circunstancias imprevistas renuevan y remachan á cada instante los eslabones de esa cadena dorada, que es de plomo cuando se lleva, y de acero cuando se la intenta romper. Yo mismo, aqui donde me veis, pensaba como vosotros.... Abrigaba mi corazon una pasion ardiente, cuando imprudentes amigos, para arrancármela del pecho, me propusieron un partido brillante en nuestras colonias, la hija de un rico marques, y lo que es mas, una esposa jóven, bella,

que hubiera idolatrado en otras circunstancias... Pero entonces, recayendo á pesar mio bajo el yugo que ansiaba huir, luchando contra un fatal ascendiente, me mostraba insensible á las dulzuras del himeneo. Miraba con indiferencia, y aun abandonaba á mi muger, la cual, gracias á Dios, jamas ha conocido la causa de mi tibieza. Con todo, esto podia suceder; y ya veis que tratándose de la paz y felicidad de vuestro matrimonio, tiene razon vuestro tio.

Federico No señor, no... podeis asegurarle que estoy libre: hoy mismo espero con la dulzura y la razon convencer á cierta persona, y hacer que ella misma...

Hector. (*A San Geran, que menea la cabeza en señal de incredulidad.*) Yo salgo por él... y los dos juntos...

San Geran. Los tres.

Federico. (*Volviéndose.*) Qué hay?

ESCENA VIII.

DICHOS. FRANCISCO.

(*Francisco sale por el foro y se acerca á Federico.*)

Francisco. (*En voz baja.*) Señor... entregué la esquela.

Federico. (*Con viveza.*) Bien... bien.

Francisco. (*Lo mismo.*) No traigo contestacion... pero os espera.

Federico. Basta... ya sé lo que es. (*Vase Francisco.*)

San Geran. Y yo tambien.

Hector. (*A San Geran.*) Recado de ella, no hay duda.... Pues bien, no hay que andarse en chiquitas... á su casa y darla el trago.

San Geran. (*Tomando la mano á Federico, que se estremece.*) Cómo es eso? temblais?.. Vamos, ánimo.

Federico. Lo tendré.

Hector. (*Mirando el relox.*) Las doce dadas... Válgame Dios! Y yo que tengo pleito!

San Geran. Mi coche está á la puerta: podeis serviros de él.

Hector. Mil gracias, señor conde. (*Aparte.*) El coche de un par de Francia! Si Julia me viese en él!

San Geran. Os hablaré en el camino de un pleito que

deseo confiar á una persona tan honrada é inteligente como vos.

Hector. Siendo asi, estoy pronto á embarcarme y andar á toda vela.

San Geran. Perfectamente... Vamos.

Hector. Luego me quereis tomar á bordo?

San Geran. (*Dándole el brazo.*) Con mil amores... Al tribunal, y desde allí yo me iré á la cámara.

Federico. (*Tomando el sombrero.*) Y yo voy á casa de ella.

Acto segundo.

Rico salon con puertas al foro y laterales: mesas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. SAN GERAN.

(*Luisa está sentada á la izquierda, delante de una mesa, con un bordado en la mano, pero sin trabajar. San Geran sale por el foro.*)

Luisa. (*Volviéndose.*) Tan temprano?... no os tocaba hoy hablar en la cámara?

San Geran. La sesion se ha suspendido... acabo de saberlo al salir del palacio de justicia.

Luisa. Y qué aires os llevan por allí?

San Geran. Cuando se tienen pleitos y abogados... Cabalmente uno he adquirido hoy que no hay mas que pedir.

Luisa. Un pleito?

San Geran. No, un abogado.

Luisa. Lo mismo da.

San Geran. De camino le he esplicado lo de la herencia de vuestro tio.

Luisa. No es facil.

San Geran. Es verdad; pero al punto se ha enterado de todo... Luego vendrá al salir del tribunal, donde le he dejado, y donde hallé á mi colega el vizconde de Beaugé.

Luisa. Tambien pleitea el vizconde?

San Geran. Contra su muger... Pide una separacion. Por él supe que hoy no habia cámara.

Luisa. Lo habreis sentido.

San Geran. No... y menos ahora, puesto que os encuentro sola, cosa que rara vez me sucede.

Luisa. Para que os fastidieis.

San Geran. (*Tomando una silla y sentándose al lado de Luisa.*) Nada de eso... en vez de hablar, escucharé; y será doble ganancia.

Luisa. (*Volviéndose hácia él.*) Sabeis, caballero, que os vais haciendo muy galante?

San Geran. (*Sonriendo.*) Y sabeis, señora, desde cuándo?

Luisa. No soy fuerte en fechas.

San Geran. Señal que no lo habeis reparado... Yo os lo diré: desde que os habeis vuelto coqueta... Os asombrais?

Luisa. No por cierto... porque, gracias á Dios, asi sucede siempre. Durante los tres primeros años de nuestro matrimonio, cuando vivia retirada y sola, sin ver á nadie, esperando á mi marido que no venia, y pensando en él, sin que él pensase en mí, seducido, como lo estaba, por otros encantos mas poderosos...

San Geran. Cómo, señora!...

Luisa. (*Con ironía.*) Los encantos de la gloria... Entonces, pobre muger olvidada, enterrada viva á los veinte años, nadie turbaba el silencio y la paz de mi sepulcro... quiero decir, de mi casa. Vos mismo, haciendo como todos, os curábais poco de mi existencia... Y hoy dia, en que doy pruebas de que no estoy muerta, hoy que me acosan los obsequios, y he querido ser de moda, no por gusto, sino por cansancio de no ser nada, hoy, caballero, parece que despertais del letargo: habeis alzado por curiosidad la vista sobre la que es objeto de todas las miradas, y hallásteis por acaso que es vuestra muger... Hallazgo inesperado, que os llena de complacencia,.. y á mí tambien, á mí, que no podia dejar de ser sensible á tan dulce efecto de la casualidad.

San Geran. Muy bien! divertíos á mi costa... Teneis razon; pero qué quereis? Lleno en otro tiempo de ideas que absorvian mi atencion... ideas de ambicion, de gloria, de fortuna...

Luisa. Y otras tambien.

San Geran. Puede... Pero el tiempo, la reflexion... Habrá

dos años que de resultas de aquella herida que estuvo para costarme la vida... al menos, todos asi lo creyeron, y aun los periódicos anunciaron mi muerte.

Luisa. Es cierto.

San Geran. Pues entonces... hice el propósito... Mirad, señora: os he de dar una prueba de franqueza, confesándoos todas mis culpas. Un dia en que...

Luisa. (*Sonriendo.*) Sí, un dia en que tengamos mucho tiempo, mucho...

San Geran. (*Sonriendo.*) Es verdad... asi podreis tambien confesarme las vuestras.

Luisa. Luego las tengo?

San Geran. (*Meneando la cabeza.*) Quién sabe?

Luisa. (*Con viveza.*) Cuáles?... Hablad. (*Viendo que titubea.*) Una sola.

San Geran. Me poneis en un apuro...

Luisa. (*Con aire de triunfo.*) Yo lo creo.

San Geran. Apuro... para elegir.

Luisa. Cómo? cómo?

San Geran. En primer lugar sois algo vana; pero os sienta tan bien el orgullo, y teneis tantos motivos de envanecimiento, que no me atrevo á quejarme. Luego...

Luisa. Hay tambien luegos?

San Geran. Algunos... Perdonais dificilmente una ofensa... No os culpo de ello; porque yo tambien seria como vos... Las culpas de las personas á quienes amo me hallarian tal vez inflexible, implacable... Mas esas culpas, si las conociera ó las sospechase, las declararia al instante.... Franqueza antes que todo... y la falta mayor que en vos encuentro, permitidme que os lo diga, es que careceis de ella conmigo.

Luisa. (*Levantándose.*) Ah! no hableis asi... porque os diria...

San Geran. Qué?

Luisa. Lo que mil veces he estado para declararos, y ahora mismo...

San Geran. Y bien!... Por qué os parais?... Estais temblando, creo.

Luisa. No, no... pero nunca habeis conocido el noble afecto que os profesaba. Cuando me hablaron de dar la mano á un hombre que casi me doblaba la edad; creyeron que me negaria, y sin embargo acepté. Conocia vuestro

mérito, vuestro valor, vuestras hazañas, y me tuve por feliz en llevar una rica herencia á un hombre que me traia un patrimonio todavia mas rico de gloria... Tuve á orgullo el llevar vuestro nombre... y á mi edad, semejante exaltacion se hubiera convertido fácilmente en amor. Muy poco teníais que hacer para conquistar un corazon que volaba al encuentro del vuestro; mas no lo habeis querido. Ignoraba entonces la barrera que se alzaba entre nosotros.

San Geran. (*Turbado.*) Cómo! Y nunca hasta ahora me habeis hablado de ella?... Ni una queja siquiera!

Luisa. Quejas! Yo, á quien decís tan vana! El mismo orgullo de que me culpábais ha poco, me dió fuerzas para combatir y vencer... Y cuando mas tarde habeis vuelto á mí, un nuevo obstáculo nos separaba: el recuerdo de lo pasado y mi indiferencia... Me direis ahora que no soy franca?

San Geran. No señora... y cuanto acabais de decir no me deja mas que un deseo: el de reparar mis faltas, y con mil tiernos cuidados reconquistar un corazon que he perdido... No me lo podeis impedir.

Luisa. No por cierto.

San Geran. Aunque marido, puedo como otro cualquiera aspirar á agradaros... Por desgracia, en breve me faltarán el tiempo y las ocasiones. Me acaban de dar un nuevo mando, y tendré que hacerme á la vela para las Antillas.

Luisa. Os marchais?

San Geran. Buena ocasion seria esta de visitar vuestras haciendas de la Martinica... No os digo nada del placer que tendria yo si os llevase á bordo... Para emprender semejante viage seria preciso que me amáseis, y vos, señora...

Luisa. No me gustan los viages marítimos... lo sabeis.

San Geran. Si ese solo fuese el motivo que os detiene en Paris.

Luisa. (*Conmovida.*) Cuál otro puede haber?

San Geran. Perdonadme á mi vez mi franqueza... Ese deseo de brillar que no negais vos misma, atrae en torno vuestro una turba de adoradores... Jamas ha abrigado mi corazon una formal sospecha... pero vuestra juventud y hermosura, mis frecuentes viages, la posicion que ocu-

pais... Es tan facil comprometer el honor de las mugeres!... Ya mas de una alusion, mas de una necia indirecta han llegado á mis oidos... Y observándolo mejor, me ha parecido...

Luisa. Qué?

San Geran. Estais conmovida.

Luisa. Conmovida, no: ansiosa de saber...

San Geran. Nada... que el vizconde de Langeac, vuestro primo...

Luisa. (*Con risa.*) El!

San Geran. No negareis que os sigue á todas partes.

Luisa. Cierto... Puedo estorbar que me ame?

San Geran. Pero yo le estorbaré que os lo diga.

Luisa. Pues, qué hareis?

San Geran. (*Con frialdad.*) Qué haré?... dejarle de modo que no vuelva á amar á nadie.

Luisa. (*Con frialdad.*) Vaya!

San Geran. Lo haré como lo digo.

Luisa. Os chanceais.

San Geran. Es un necio.

Luisa. (*Con risa.*) Que lo sea... Se le ha de matar por eso?

San Geran. Le dejaré por complaceros. Pero en cambio os pediré un favor.

Luisa. Hablad: lo haré con mucho gusto.

San Geran. Es para el hijo de un antiguo amigo, Federico de Albret, joven de gran talento, á quien aprecio mucho, y á quien tal vez por lo mismo quereis poco.

Luisa. Qué ocurrencia!

San Geran. Por mas que procuro agasajarle, apenas viene á casa. Y con razon: yo haria lo mismo: le recibis con un aire tan seco... Por lo que á mí hace, no cuento sus visitas; y cuando no viene á verme, voy á su casa: de ella salgo ahora.

Luisa. Vos!

San Geran. Alli es donde he visto al abogado de que os he hablado: Hector Balandard.

Luisa. Balandard!

San Geran. Le conoceis?

Luisa. No... pero ese es nombre que he oido.... ó leido.

San Geran. Entre él y yo hemos imaginado un buen negocio para Federico: ya os diré cual es á su tiempo...

Pero entretanto Albret merece alguna distincion por sus talentos músicos.

Luisa. Con efecto.

San Geran. Facil me seria pedirla á vuestro tio el ministro; pero en la discusion del último proyecto de ley, hablé...

Luisa. En contra?

San Geran. En pro... Y sentiria pensase que le voy á exigir la recompensa. En vez de que vos...

Luisa. Yo?

San Geran. Hariais en eso una cosa que me seria agradable, pero si os repugna...

Luisa. No por cierto: basta que vos lo pidais. (*Sale un criado.*)

Criado. (*Anunciando.*) El señor Federico de Albret.

San Geran. Que pase adelante.

ESCENA II.

DICHOS. FEDERICO.

Federico. (*Acercándose respetuosamente á Luisa á quien saluda.*) A vuestros pies, señora condesa. Estais buena?

Luisa. (*Con frialdad, y poniéndose de nuevo á bordar.*) Muy bien; para serviros... Sé que teneis que tratar de algun negocio con el conde... No os molesteis por mí.

San Geran. (*Llevando aparte á Federico.*) Tendreis que hacerme una larga relacion... Vendreis de su casa.

Federico. (*Turbado.*) De modo que...

San Geran. Me lo prometisteis.

Federico. Y lo he cumplido... Pero habia gentes delante, y no me ha sido posible...

San Geran. (*Alegre.*) Y os habreis alegrado?

Federico. Asi es... pues todo cuanto retarde tan enojosa esplicacion...

San Geran. Qué os decia yo?... No es facil romper semejantes lazos.

Federico. Los romperé, os lo juro.

San Geran. Pues volved á su casa... cuanto mas antes, mejor.

Federico. Sí... sí,

San Geran. Nos veremos luego.

Federico. Espero que esta tarde...

San Geran. Balandard debe venir dentro de un rato. Quiero ordenar los papeles que he prometido darle, y necesita para nuestro pleito... Con vuestro permiso.

Federico. Lo teneis, señor conde.

San Geran. (*Dándole la mano.*) Hasta luego. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

LUISA. FEDERICO.

Federico. (*Despues de un rato de vacilacion, se acerca á Luisa que está ocupada en bordar.*) Ha recibido mi señora la condesa el billete que he tenido el honor de mandarle para la ópera?

Luisa. (*Sonriéndose.*) Si... he tenido ese honor... Un palco escelente, principal, entre columnas... precisamente el que deseaba. Os he incomodado... Soy muy egoista, lo confieso: no he pensado mas que en el placer que tendria en la ópera, y sobre todo, en que la vieseis á mi lado.

Federico. (*Cortado.*) Sí... pero tanta gente como os suele rodear...

Luisa. (*Con alegria y levantándose.*) No estaremos solos, lo sé, y apenas podré dirigiros la palabra, ni miraros siquiera, pero sabré que estais alli, detras de mi asiento. (*Con prontitud.*) Tranquilizaos: no me volveré... mas si lo quisiera podria hacerlo, y esto solo ya es mucho... Y luego el placer de estar bella... á vuestros ojos... porque me pondré de veinticinco alfileres, y todos me mirarán. (*Otra vez con viveza.*) No haré caso de nadie, os lo prometo... Y vos, por supuesto, me mirareis... La funcion podrá ser mala; pero no hay cuidado; estando vos alli, me parecerá divina, y pasaré un rato delicioso.

Federico. En verdad... no sé como deciros...

Luisa. El qué, caballero?

Federico. Que no podré mañana... acompañaros.

Luisa. Cielos! Algun disgusto?... alguna desgracia? No... Negocios sin duda... ese de que hablabais ha poco... Id, id... no lo dejeis... Me quedaré en casa... no me faltarán pretestos con que quedarme... Renunciaré á la diversion.

Diversion! Ya no lo seria para mí, no yendo vos á ella... Y luego, nos servirá tambien de pretesto para que comais hoy con nosotros... Os convido.

Federico. A mí?

Luisa. Lo puedo hacer sin inconveniente. Mi marido me ha echado en cara mi frialdad con vos. Tiene razon... no me atreveria... tengo tantos motivos...

Federico. Lo sé.

Luisa. Tantos motivos de temer... esas gentes que nos rodean y observan... esos rivales, cuyos celos estan en acecho...

Federico. Demasiado!

Luisa. Otros peligros aun mas temibles... otros tormentos... de que nunca os hablo... Pero acaso dentro de pocos dias se desvanecerán. Sí... nos quedaremos solos... me lo han dicho. Por cierto que querian que yo tambien partiese... Dejar yo á Paris! Separarme de vos! Ah! nunca.

Federico. (*Aparte.*) Cielos!

Luisa. Ya os lo dirán esta tarde, cuando comais con nosotros.

Federico. No, Luisa, no vendré.

Luisa. Ni esta tarde... ni mañana?

Federico. Ni mañana.

Luisa. Pues cuándo, cuándo?

Federico. Nunca... No os debo volver á ver.

Luisa. No puede ser... no... he oido mal... Vos no decis eso.

Federico. No, yo no lo digo; pero lo dice otra voz mas fuerte que la mia... la del honor y de la gratitud. Hay en el mundo una carga aun mas pesada que la de mis remordimientos... Los beneficios que resisto en vano. Una amistad que me oprime y me agobia... la de vuestro marido. Le debo demasiado.

Luisa. Y á mí, no me debeis nada? Esos remordimientos de que me hablais, pensais que me son desconocidos? Pensais que no me avergüenzo como vos de fingir y engañarle? No hace mucho, poco antes de que entraseis, enternecida por su franqueza, por su lealtad... no me faltó nada para confesárselo todo.

Federico. Cielos!

Luisa. Pensé en vos, y me detuve. Sí, temblé por vos, por vos solo... porque en cuanto á mí, ya sabia yo como de-

fenderme: hubiérale preguntado si la esclava á quien tanto tiempo ha oprimido y despreciado no estaba autorizada para romper su cadena... hubiérale recordado la indigna rival á quien me sacrificó desde el dia mismo de nuestra boda... Y esas afrentas que he sufrido en silencio, se las hubiera probado; tengo las cartas, las guardo, mi justificacion está en ellas... si algo en el mundo puede justificarme.

Federico. Qué decís?

Luisa. No... no me engaño. Disculpable tal vez á sus ojos, no lo soy á los mios... Y sin embargo, sabeis si he combatido, si he luchado contra una inclinacion que me arrastraba, y de la cual hubiera triunfado, á no ser por el error fatal que produjo en mí una noticia falsa. Me creí libre... y entonces, á pesar de la distancia que á los ojos del mundo nos separaba, yo fui, bien lo sabeis, quien, por ser mas rica, os ofrecí mi mano y mi fortuna. Y al desvanecerse, ay cielos! demasiado tarde, aquel rumor incierto, el amor que habia creido noble y legítimo, se convirtió en traicion. Fui culpable, porque no me pertenecia á mi misma, y no me era lícito amaros cuando mas os amaba, cuando sentia que os habia de amar para siempre.

Federico. Ah! no sois vos la culpada... yo lo soy, yo, que no merezco disculpa.

Luisa. Pues bien, tanto mejor... Asi tendré la felicidad de perdonaros; y si no existen otras razones...

Federico. Existen, sí... razones que me son personales, que provienen de mí, de mi voluntad.

Luisa. Luego voluntariamente quereis abandonarme? No es posible; me engañais... apartais la vista? Cielos! será que tambien vos tengais recelos, dudas?... que sospecheis, como el otro, del vizconde de Langeac?

Federico. Del vizconde de Langeac?

Luisa. Celos él! celos!... Ah! sí, bien... bien... me dais gusto en eso... no esperaba tanta dicha... sentia que no los tuvieseis; y... ved cuán injusta soy!... decia para mí; ni siquiera lo ha notado... cuando otro... Pues bien, os lo confieso, hace tiempo que creia hallar en vos frialdad, indiferencia... Perdonádmelo: todo lo teme quien bien ama. Y para que vos tambien probaseis la inquietud y los celos, me volví coqueta de puro despecho... 6

mas bien de amor... Mal hecho ha sido, lo conozco, me pesa... pero harto castigada estoy, y hasta ayer no he conocido toda la enormidad de mi falta. Aquel fátuo, alentado tal vez por mi silencio, ha osado, al darme la mano para subir al coche, poner en ella un billete.

Federico. (*Airado.*) Será posible!

Luisa. Lo hubiera arrojado, hecho mil pedazos á su vista, á no hallarse allí mi marido... Le conoceis... el vizconde hubiera pagado con su vida... y á mi pesar fue preciso.

Federico. Habeis osado guardar ese papel?

Luisa. Para entregároslo... allí lo tengo en mi secretero, vais á verlo.

Federico. Es inútil, señora.

Luisa. Luego, se me olvidaba deciros que ayer noche el vizconde me pidió le cediese para mañana un asiento en el palco.

Federico. Y se lo habeis concedido?

Luisa. (*Con ternura.*) No, se lo he negado... porque tenia la esperanza de que vendriais vos.

Federico. (*Conmovido.*) Luisa!

Luisa. (*Con dulzura.*) Vendreis, no es cierto?... Vamos... á qué viene resistirse?

Federico. Lo debo, Luisa, lo debo... Porque á pesar mio iba á olvidar mi propósito, y...

Luisa. El despecho ó el amor propio os prohibe ceder?.... Mal hecho, caballero, muy mal hecho. Con las personas á quienes se ama no hay despecho ni vanidad... No me basta rogar? Pues ahora lo mando... Me acompañareis mañana á la ópera... en mi mismo palco. Lo habeis oido?... Ireis; si me amais, ireis... Solo añado ya una palabra... Si no vais, no me volvais á ver en vuestra vida. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

FEDERICO, *solo.*

No... no... jamas podré cumplirlo... Mientras esté ahí... mientras la vea, mientras oiga el sonido de su voz... acúsenme si quieren de debilidad... sea otro mas intrépido ó mas

bárbaro que yo... no cabe en mí, al ver tanto amor, tanto delirio, ser un pérfido, un ingrato. Pues bien, á falta de valor, tengamos al menos la fortaleza del silencio... la de la ausencia... Puesto que ella misma me ofrece el medio de romper sus lazos, aprovecharé la ocasion, y mañana no iré á la ópera... Lo juro. Me comprenderá; y sin ruidos, sin mas esplicaciones, todo quedará terminado.

ESCENA V.

FEDERICO. HECTOR, *saliendo por el foro.*

Federico. Ah! eres tú?
Hector. Si, querido... vengo á hablar con el conde de su pleito... Ha un siglo que está varado; mas yo con mi maña le haré á la vela, y viraremos de largo.
Federico. Calla! cualquiera diria al oirte que eres tú el marino.
Hector. Qué quieres? Me identifico á tal punto con mis clientes... Y tú, qué traes por acá? Vienes sin duda á dar cuenta de aquel asunto?
Federico. Con efecto.
Hector. (*A media voz.*) Sí? Cuéntamelo. Has visto á la prógima?
Federico. De su casa vengo. Acabo de llegar.
Hector. Tronasteis ya en regla?
Federico. Poco menos.
Hector. Y decia el conde que era tan dificil!... Bravo! me alegro por tí... y por mí.
Federico. Por ti?
Hector. Sí... Para cuando me halle en el mismo caso. Ah! salgo ahora de casa de tu tio: por mas señas que te está aguardando.
Federico. Sí... quedamos en que iriamos juntos por ahi.
Hector. Sabes á quien he visto alli? Nada menos que á la señorita Julia Giraut.
Federico. A tu novia?
Hector. Es muy amiga de tu prima.
Federico. Miren que malo.
Hector. Al contrario, lo siento.
Federico. Por qué?

Hector. Porque las dos amigas habrán charlado... Son tan parlanchinas las muchachas!... Y tu prima habrá contado á la otra la famosa conquista que tú me has endosado y de que estoy tan inocente... y lo de la carta en que no tengo mas parte que la cubierta y el sobre.

Federico. Figuracion tuya.

Hector. No es figuracion: estoy cierto de ello. Cuando entré, me dijo Julia. «Hola! hola! conque el señor Balandard tambien hace víctimas y estragos entre las hermosas?... Se cartea con duquesas y condesas?» Ya ves lo que has hecho... Quise negar; pero lo hice tan torpemente, tan cortado, que lo tomó por discrecion. Y ahora ya, aunque tú y yo le digamos la verdad, no habria quien se lo sacase de la cabeza.

Federico. Pues no digamos nada.

Hector. Nada?... Y si se lleva mi boda la trampa? Me pierdes.

Federico. Espera unos cuantos dias, y te justificaré dando tales pruebas...

Hector. Eso es otra cosa... Porque has de saber que Julia tiene unos ojos... y un dote! Y cuando un pobre hombre está enamorado...

Federico. Del dote?

Hector. Y de los ojos... Pero ambas cosas se identifican de tal suerte, que seria lástima separarlas. En fin, repito, para tí y para mí ha sido una fortuna romper con esa muger... tanto mas cuanto que ya la cosa empezaba á traslucirse.

Federico. Qué dices?

Hector. Acabo de oir hablar de ella... yo que no suelo parar la atencion...

Federico. Dónde?

Hector. En un parage nada misterioso: en el café de Tortoní donde entré á tomar un tente pie. Estaban tres jóvenes almorzando; charlaban mucho, y bebian todavia mas... Uno de ellos pronunció tu nombre... Era uno alto... barba rubia, de forma piramidal... aire de languidez é indiferencia...

Federico. El vizconde de Langeac.

Hector. Uno de los otros dos le decia: Sí, tengo mis sospechas de que el joven compositor te birla la dama, y ese asiento que te ha negado en su palco, apostaria á

que lo reserva para él.—Pues yo se lo estorbaré.—Y cómo?—La condesa es parienta mia: tengo el derecho de mirar por su reputacion; y si su marido no ve nada, yo seré quien me oponga á que se comprometa. Escribiré á Federico prohibiéndole que vaya mañana á la ópera con ella.—Te chanceas.—Cómo no? Ahora mismo voy á poner la carta: vosotros lo vereis; y os juro que no irá ó sino...

Federico. Insolente!

Hector. Toma! Qué te importa?... Puesto que ya todo se acabó y que no debes volver á verla...

Federico. No, ahora ya es imposible.

Hector. Y por qué?

Federico. Porque no sabes que hace poco... ese maldito palco de que te hablé esta mañana...

Hector. Sí... me acuerdo... Número diez de principales, entre columnas.

Federico. Pues bien, era para ella, y me ha ofrecido un asiento. Ireis, me ha dicho, ó no volvais á verme en vuestra vida.

Hector. Perfectamente.

Federico. Mas ahora, despues de lo que acabas de decirme, mi reputacion, mi honor, todo me impide dejar de ir.

Hector. Ta, ta, ta: vaya un desatino! En primer lugar figúrate que no he dicho nada.

Federico. Y esa impertinente carta que sin duda voy á encontrar en mi casa... Creeria el vizconde que le temo, que le obedezco... No, no... iré al palco.

Hector. No irás.

Federico. Sí tal, iré.

Hector. Pues yo te digo que no... Ah! el señor conde. (*Va hácia él.*)

ESCENA VI.

DICHOS. SAN GERAN.

(*El conde sale por la izquierda con unos papeles en la mano, y los coloca en la mesa del mismo lado.*)

San Geran. Qué es eso, señores? Estais disputando?

Hector. Sed nuestro juez, señor conde.

Federico. (*Con espanto.*) Cielos!

San Geran. Aqui traigo los papeles del pleito: los examinaremos juntos.

Hector. Antes quiero someter otro pleito á vuestro juicio.

Federico. Hector, por Dios.

Hector. Déjate guiar por nosotros: las gentes de juicio deben dirijir á las que no lo tienen.

San Geran. Dice bien. De qué se trata?

Federico. No, no quiero que hables.

Hector. Soy abogado y hablaré. Relataré la causa, informaré... y el tribunal fallará. (*Al conde.*) Sabed que viene de casa de aquella persona.

San Geran. Ah! volvisteis? Muy bien.

Hector. Sí, muy bien... y lo que es mejor, ha tronado con ella.

San Geran. Perfectamente.

Hector. Ya se vé que sí... pero ahora, por una circunstancia imprevista ya no hay nada de lo dicho.

San Geran. No os decia yo? Siempre ocurre algo precisamente en la ocasion mas crítica...

Hector. Si esto no es nada... un palco para la ópera.

Federico. Hector, por Dios!

Hector. Mas que te enfades.

Federico. (*Arrebatándose.*) Sí, me enfado.

San Geran. (*Colocándose entre los dos.*) Veamos, veamos, amigos mios, si hay algun medio de arreglar este asunto. Podeis contar conmigo.

Hector. Cabalmente eso es lo que yo quiero: porque si tomais cartas en ello es asunto concluido.

Federico. (*Aparte.*) Ah! somos perdidos.

Hector. Ella le ha dicho: si mañana no venís conmigo al palco, se concluyó, como si no nos hubiéramos conocido

Federico. (*Con ira.*) Hector!

Hector. Son sus palabras ú otras equivalentes... tú mismo me lo has dicho... Pues bien, hé aqui que un rival, un fatuo, prohibe á Federico el ir al palco... Y él, que estaba ya decidido á no ir, me acaba de responder...

San. Geran. Que irá?

Hector. Es un desatino. No es cierto?

San Geran. No, al contrario: es cosa muy natural.

Federico. (*Con viveza.*) Lo ves?

San Geran. Yo haria otro tanto.

Hector. (*Pasmado.*) Ah!... Entonces no nos entendemos.

San Geran. Sí... nos entendemos... y si seguís mi consejo...

Hector. Federico. Cual?

San Geran. Puesto que Federico está decidido á romper con esa persona, no debe volverla á ver.

Hector. Bravo!

San Geran. Ni presentarse en su palco.

Hector. Perfectamente, eso es lo que yo decia.

San Geran. Vendrá al mio... yo tambien tengo palco.

Federico. (*Estupefacto.*) Pero, señor...

San Geran. Vendrá con su suegro y su futura Anita: los convidaré.

Federico. Permitid...

San Geran. Allí estará el que os ha desafiado... Me lo enseñais... En un entreacto, agarrados del brazo, nos acercamos á él; y digo en alta voz que os he ofrecido á vos y á vuestra futura un asiento en mi palco... Que al pronto no querias aceptar; mas que por fin habeis cedido á mis ruegos. Y si vemos en su semblante alguna sonrisa de duda ó de incredulidad, os permito entonces que le pidais satisfaccion, y yo mismo seré vuestro padrino.

Hector. Cielos!

San Geran. Ya se vé: un rompimiento de esta especie no se suele conseguir sin que haya de por medio alguna estocada ó cosa por el estilo.

Federico. Lo sé, caballero; y asi lo espero, lo deseo... Iré á vuestro palco, iré.

Hector. Bien está... Y ahora mismo, al ir á casa de tu tio, que te está esperando, puedes llevarle el convite del señor conde. (*Federico va á recoger el sombrero que habrá dejado en una silla.*)

San Geran. Y si el señor Balandard quiere tambien acompañar á sus amigos á la ópera, nos favorecerá.

Hector. De veras, señor conde? tendreis la bondad de?... (*Bajo á Federico que ha vuelto á su lado.*) Ah! si Julia estuviera allí y me viese! (*Alto.*) Pero acaso os incomodaré.

San Geran. Nada de eso... es un palco grandísimo. Número diez de principales, entre columnas.

Hector. Federico. (*Estupefactos, aparte.*) Cielos! (*Federico, que estaba para salir se detiene.*)

San Geran. Mi muger ha logrado, no sin trabajo, que

una de sus amigas se lo ceda... Estará el teatro de bote en bote. (*Volviéndose hácia Federico que se disponia á partir, pero que se ha detenido para hacer señas á Hector.*) Y bien, qué hay?

Federico. Nada... nada... La turbacion que es natural.

San Geran. Si! por el asunto de que acabamos de tratar... Id al lado de vuestra futura, y os tranquilizareis. Adios, amigo mio, adios. Hasta luego. (*Vase Federico turbado.*)

ESCENA VII.

HECTOR. SAN GERAN.

San Geran. (*Despues de haber acompañado á Federico.*) Pobre joven!... Está realmente fuera de sí... (*Mirando á Hector.*) Toma!.. Y vos tambien.

Hector. (*Aparte.*) No me queda ni una gota de sangre en el cuerpo.

San Geran. La misma fisonomía.

Hector. (*Tartamudeando.*) Es que... yo... le quiero tanto... á ese buen Federico... que cuanto le sucede...

San Geran. (*Riéndose.*) Claro está! Pílades y Orestes no tenian mas que una alma... pero no el mismo semblante... y el vuestro no tiene precio.

Hector. Favor que me haceis... (*Aparte.*) No sé lo que me digo.

San Geran. Hablemos de nuestro pleito... porque sois hombre que lo entiende, y teneis sobre todo en los negocios una claridad, una lucidez de que estoy prendado. Aqui estan los papeles... Si quereis los examinarémos. (*Atraviesa el teatro y va á sentarse delante de la mesa, á la izquierda, en frente de Hector.*)

Hector. (*Aparte á la derecha.*) Habérselas con este hombre tan terrible! Si lo llega á descubrir... Pobre Federico! Y yo tambien... como cómplice.

San Geran. (*Sentado.*) Cuando gusteis.

Hector. Sí, señor conde. (*Se sienta en frente de él.*)

San Geran. En primer lugar, estos son los documentos que prueban nuestro parentesco y nuestros derechos á la sucesion.

Hector. (*Siempre muy turbado.*) Sí, señor conde... con que es una sucesion?

San Geran. No os lo he dicho?... la de nuestro tio, muerto sin hijos en la Martinica... tio de mi muger.

Hector. De vuestra muger... (*Olvidándose de lo que hace.*) Ah! si lo hubiera yo sabido.

San Geran. El qué?

Hector. (*Procurando recobrarse.*) Que vuestro tio, el de la Martinica, habia muerto sin hijos.

San Geran. Ya lo sabiais... Os lo he dicho... y por los documentos, claro está que el padre de nuestro tio....

Hector. El de la Martinica?

San Geran. No... su padre se habia casado con una que tambien era tia nuestra por otro lado: de suerte que de todos modos la herencia debe venir á parar á nosotros... No hay mas que ver el arbol genealógico... Mirad el padre de nuestro tio... Comprendeis?

Hector. Sí... comprendo perfectamente... el tio dió á la tia...

San Geran. (*Dando una carcajada.*) Qué estais diciendo?

Hector. Ah! disimulad.... (*Aparte.*) De esta hecha me desacredito... (*Alto.*) Confieso que tengo una jaqueca... un dolor de cabeza... que no me deja.... ni ver... ni comprender...

San Geran. Con efecto... teneis la mano helada.

Hector. Pues!.. y la cabeza caliente.

San Geran. Yo soy quien os debo rogar me disimuleis por hablaros de negocios en tal instante.... Dejémoslo para otro dia.

Hector. (*Limpiándose la frente.*) Respiro.

San Geran. Asi como asi, hé aqui á mi esposa.

Hector. Su esposa! Me vuelve el miedo.

ESCENA VIII.

DICHOS. LUISA.

Luisa. (*Acudiendo con presteza.*) Oid... os traigo una buena noticia.

San Geran. (*Interrumpiéndola.*) Os presento al señor Hector Balandard, nuestro nuevo abogado. (*Luisa saluda á Hector.*)

Hector. (*Aparte.*) Qué hermosa es!... No importa... A tanta costa prefiero no mirarla siquiera.

San Geran. Es un hombre de talento cuando no le duele la cabeza.

Hector. (*Procurando sonreir.*) Es cierto... me suele doler con frecuencia... (*Deteniéndose.*) Qué diablos estoy diciendo?

San Geran. (*A Hector.*) Pura modestia. (*A Luisa.*) Me he tomado la licencia de ofrecerle para mañana un asiento en nuestro palco.

Luisa. (*Con aire muy amable.*) Me procurais con eso una verdadera satisfaccion.

San Geran. Vendrá con Federico de Albret, su amigo, que nos lo acaba de prometer.

Luisa. (*Hace un gesto de alegria, luego se contiene y dice con frialdad.*) De veras? me alegro.

San Geran. Es decir, que lo sentís.

Luisa. (*Friamente.*) No por cierto.

San Geran. Vaya que sí... Os conozco.

Luisa. Os engañais.

Hector. (*Aparte y volviéndose.*) Hasta en mis ojos temo que han...

Luisa. La prueba es que estais ya servido, y podreis darle la enhorabuena.

San Geran. Pues, qué hay?

Luisa. Ha sido una casualidad... pero hoy todo me sale bien.

Hector. No me sucede eso á mí.

Luisa. Iba á salir, cuando paró un coche á la puerta. Me disponia ya á decir que no estaba, cuando me anunciaron... adivinad quién... mi tio.

Hector. (*Con viveza.*) El de la Martin... (*Deteniéndose y aparte.*) Bestia! si ha muerto.

Luisa. El ministro... Tanto como le amo, y tan poco como le veo... Ya se vé, un ministro no tiene tiempo para ver á su familia y á sus amigos. Se debe todo...

San Geran. A sus enemigos.

Luisa. Cabal. Al momento pensé en mi peticion, ó por mejor decir, en la vuestra... y con una sonrisa graciosa el ministro se dignó responderme que Federico es un jóven de talento, lo que es verdad... en quien ya habia pensado, lo que tal vez no lo es... pero se lo agradezco del mismo modo.

San Geran. En suma, ha concedido la gracia?

Luisa. Sí.

San Geran. (*Pasando al lado de Hector.*) Ya lo oís.... Nuestro Federico es ya caballero de la legion de honor.

Hector. (*Tartamudeando.*) De veras? Cuánto me alego!

San Geran. No sereis el solo que se alegre... Hay otras personas en el mundo á quienes esta noticia causará la mas viva satisfaccion.

Luisa. Quienes?

San Geran. (*A media voz al oido de Luisa.*) Su suegro y su novia.

Luisa. (*Estupefacta.*) Su suegro!

San Geran. (*Del mismo modo y alegremente.*) Sí.... Este es el asunto de que tratábamos antes, y de que no os queria hablar hasta verle terminado. Ya lo está, pues de esa gracia pendia el casamiento... de suerte que á vos os deberá su dicha. (*A Hector.*) Asi es que como nunca es bastante pronto para las buenas noticias, quiero participarsela sin demora al suegro.

Luisa. (*Aparte.*) Y su visita de esta mañana... sus rodeos... sus vacilaciones... Ah! qué falso! (*Luisa permanece en pie á la izquierda del teatro. San Geran despues de recoger los papeles que trajo, entra en el gabinete de la izquierda cuya puerta deja abierta. Hector se va hácia el foro á cuya puerta se va acercando despacito. Luisa se vuelve y le vé.*)

Luisa. (*Ocultando su turbacion y afectando un aire gracioso.*) Señor Balandard.

Hector. (*Volviendo á su lado á la izquierda.*) Señora condesa. (*Aparte mirándola.*) Dios mio! Cómo tiembla!.. y yo tambien.

Luisa. (*Afectando sonreir.*) Con que se casa vuestro amigo?

Hector. (*Respondiendo turbado y mirando siempre hácia el lado del gabinete.*) Si... parece que se trata de eso.... corre cierto rumor vago...

Luisa. (*Procurando contenerse.*) Ya!... Y con quien?

Hector. (*Bajando la voz.*) No sé precisamente... ig noro...

Luisa. Vos, su amigo íntimo!

Hector. Es tan reservado.... no me ha dado parte.

Luisa. (*Mas conmovida.*) El nombre, la casa de su suegro, de su novia.

Hector. Maldito si sé nada.... ni idea tengo. (*Vuelve San Geran con una carta en la mano.*)

Luisa. Bastará esta esquela para el suegro... la mandaremos.

(*Luisa corre á la mesa de la derecha y toca con una campanilla. Sale un criado con librea por el fondo.*)

Luisa. Sí. (*Atraviesa el teatro, toma la carta de manos de su marido y se la dirige al criado.*) Tomad... Llevad esta carta ahora mismo. (*Dirigiendo la vista al sobre que vé temblando.*) Mr. Clerambeau.... negociante... fonda de Castilla... baluarte de los italianos.

San Geran. No perdais tiempo.... porque toda la familia debe hallarse actualmente reunida.

Luisa. (*En el proscenio y con resolucion.*) Tanto mejor. (*Al criado.*) Oid... que pongan el coche... luego.

Hector. (*Aparte.*) Ay! Dios mio!... Cayóse la casa á cuestas. (*Vase el criado. San Geran y Luisa se marchan por la izquierda. Hector los saluda y echa á correr por el foro.*)

Acto tercero.

El teatro representa un salon elegante en casa de Clerambeau. Puerta al foro, y laterales: mesa á la izquierda con todo lo necesario para escribir.

ESCENA PRIMERA.

CLERAMBEAU. ANA, *saliendo con viveza.*

Ana. (*Hablando con su padre.*) Con que era una carta del conde de San Geran, mi padrino?

Clerambeau. Sí, hija, sí... cien veces sí... Su mismo criado acaba de entregármela.

Ana. Y no me la habeis querido enseñar!... Es alguna mala noticia?

Clerambeau. Ojalá!

Ana. Cómo?

Clerambeau. Cómo! cómo!... Por la sencilla razon de que cuando yo hago una promesa, la cumplo siempre; y he prometido que os casaria... si tu primo...

Ana. Conseguia la cruz de la legion... (*Con alegria.*) Y qué hay?

Clerambeau. Qué hay? que ha sido agraciado. (*De mal humor.*)

Ana. Es posible? Y os enojais por eso?

Clerambeau. No; pero creia... contaba con que le habia de costar mas... Para ese diablo de San Geran no hay obstáculos que valgan! El ha hablado en su abono, se ha hecho responsable de todo... Tratamos muy por encima

de las cláusulas, y ya las ha redactado... tiene prevenidos al notario y á los pocos sugetos que conocemos en Paris... y quiere que esta misma noche firmemos el contrato, en atencion á que pasado mañana se marcha... se embarca para la Martinica.

Ana. Entonces es preciso despacharse... tiene razon, son cosas que no pueden hacerse sin él.

Clerambeau. Sí por cierto, pero á mí no me gusta tanta prisa... Soy aficionado á gozar de todas mis dichas con sosiego, y en no estando prevenido con tiempo, en queriendo llevarme á galope... me embrollo: verás como llega la hora y no hay nada prevenido.

Ana. Porque vos no quereis... y eso no está bien, padre mio... No lo tomeis por ofensa... pero os lo digo claro.... cuando se hace una cosa, aunque sea á disgusto, es preciso hacerla prontito y con agrado. Qué teneis que echar en cara á mi primo?

Clerambeau. (*Descontento.*) Qué tengo?...

Ana. No es todo un caballero?... un hombre de talento á quien todos estiman?

Clerambeau. (*Enojado.*) Qué tengo?...

Ana. No es hijo de vuestro querido hermano?... y educado por vos... y el único pariente que os queda?... No se dejaria hacer pedazos por nosotros?

Clerambeau. (*Fuera de sí.*) Qué tengo?... Que deliras por él.

Ana. Vos teneis la culpa, porque sois injusto con él... Yo... ya se vé... en desquite, y para que tenga alguna compensacion... Con que asi, ya lo sabeis, en vuestra mano está que ello vaya creciendo cada vez mas... Mientras que por el contrario, si le recibiéseis con agrado y le pusiéseis buena cara...

Clerambeau. Crees que eso variaria?...

Un criado anunciando. El señor de Albret.

Ana. (*En voz baja.*) Ahí le teneis... salidle al encuentro... dadle la mano y un abrazo.

Clerambeau. (*Algo cortado y en voz baja.*) Cómo? quieres que...

Ana. (*Idem.*) A no ser que prefirais que...

Clerambeau. (*De pronto.*) No, no. (*Corriendo al encuentro de Federico, que sale al mismo tiempo.*) Amigo mio, querido sobrino...

ESCENA II.

CLERAMBEAU. FEDERICO. ANA.

(*Federico arrojándose en los brazos de Clerambeau que le estrecha.*)

Ana. (*A su padre en tono de aprobacion.*) Asi me gusta. (*A Federico.*) Hoy quiero mas que nunca á mi padre, Federico... está deseando que nos casemos.

Federico. (*A Clerambeau con alegria.*) Ah! será cierto!

Clerambeau. Sí, hombre sí... siempre lo he deseado... y aunque haya tenido buen cuidado en ocultároslo, ese ha sido el sueño de toda mi vida... Desde tu edad mas tierna he visto en tí un marido para mi hija, y te la destinaba juntamente con mi casa de comercio... porque te queria como á un hijo mio, y he ahí la razon porque de repente he empezado á aborrecerte... cuando te he visto frustrar todas mis esperanzas.... cuando te he visto preferir el piano al mostrador... y las cabatinas á los billetes de banco... lo cual es muy diferente.

Federico. Sí por cierto.

Clerambeau. Y luego que te marchaste de Burdeos... cuando supe que estabas en Paris y siempre metido en la Opera... te confieso con franqueza que te creí hombre perdido... despues me he hecho la cuenta de que eso quien debia mirarlo mejor que nadie eras tú... y he tratado de salvar á mi hija... mi hija ante todo... y hé ahí por qué son mis temores.

Ana. Cuáles?

Clerambeau. (*Pasándose á su lado.*) No tienes necesidad de saberlos. (*A Federico.*) Pero yo, como padre de familia, debo por obligacion tener miedo de todo. Debo ser suspicaz y desconfiado por ella, que es toda confianza y amor... porque yo soy responsable de su sosiego, de su felicidad, de sus ilusiones... y su infelicidad seria un crimen que no perdonaria á nadie... ni á mí mismo.

Ana. Qué desgracia puede amenazarme con él... y con vos?

Clerambeau. Eh! ya se vé que sí. Alguna vez me he dicho á mí mismo: mientras yo viva... no hay cuidado... ella me confiará sus penas... si las tiene... pero la conozco....

la conozco mejor que tú... y cuando ya no pueda estar á su lado... cuando no tenga nadie que la consuele, se morirá de pesadumbre antes que dirigirte una sola queja.

Ana. Ea, dejaos de eso. (*Sonriéndose.*)

Clerambeau. Vaya!... como si no hubiera estado á pique de sucederla... Sabes porque enfermó tan gravemente... por qué estaba cada dia mas desmejorada? Porque tú no nos habias escrito, ni habíamos tenido noticias tuyas en seis meses.

Ana. (*Tapándole la boca con la mano.*) Padre mio!...

Clerambeau. Y en cuanto tuvimos carta... la salud, la alegria, todo volvió.

Ana. No es verdad!

Clerambeau. Te digo que se moriria de pesar si supiese que su marido no la amaba, ó queria á otra.

Ana. Qué idea! es eso posible acaso?

Federico. (*De pronto.*) Ah! prima mia!

Ana. Prohibo que os justifiqueis. (*Con bondad.*) Os lo prohibo. (*A Clerambeau.*) Creeis que mi primo es como el señor Hector Balandard, que ama á mi amiga Julia, quiere casarse con ella y está en correspondencia con una señora de la alta sociedad?... (*A Federico.*) Hé ahí una cosa que mi primo no haria nunca! Es una picardia. Ya se lo he dicho á Julia para que esté prevenida... y porque no se debe engañar á nadie! (*A Federico que se estremece.*) Qué teneis?

Federico. (*Con prontitud.*) Nada... estoy pensando en el pobre Balandard, que en el fondo ama realmente á vuestra amiga... y al cual habreis perjudicado con ese aviso.

Ana. No tanto como era de creer... Julia se quedó al oirlo mas sorprendida que indignada... lo que mas en cuidado la puso era averiguar el nombre de la dama... (*Con ingenuidad.*) Le sabeis vos, Federico?

Federico. (*Turbado.*) No, prima... no.

Clerambeau. (*Encogiéndose de hombros.*) Ahora iria á decirtelo aunque lo supiera.

Ana. (*Confiada.*) Sí que me lo diria, porque me ama, no me cabe la menor duda, y en recompensa voy á darle una buena noticia. El conde de San Geran, mi padrino, acaba de escribirnos que os han concedido la cruz de la legion.

Clerambeau. Gracias al influjo de su esposa la condesa que se ha empeñado con su tio el ministro.

Ana. Qué señora tan afable y obsequiosa! — La conoceis vos, primo mio?... Debe ser la bondad misma.

Clerambeau. Asi lo dice todo el mundo.

Ana. Ah! no ceso de bendecirla! — La primer visita de boda que hemos de hacer ha de ser la suya, ya que por desgracia no podremos hacérsela á mi padrino... tiene que embarcarse con precision... y por eso es la prisa de que firmemos esta noche el contrato... (*Bajando los ojos.*) A menos que no os suceda á vos como á mi padre, que no queria que fuese tan pronto.

Federico. (*Con amor.*) Ah! prima mia!... querida esposa!

Clerambeau. (*Que se habia dirigido al foro, baja y se coloca entre los dos.*) Un momento, un momento... tengo que decirte dos palabras.

Ana. (*Acercándose.*) Qué mas todavia?

Clerambeau. A él, á él solo. (*Haciendo seña á Ana de que se retire.*) Quédate ahí... (*A Federico en la derecha del teatro.*) Te confieso francamente que tenia algunas dudas acerca de tí... habia oido hablar confusamente.... de ciertas relaciones... pero el conde de San Geran, amigo antiguo, me ha jurado que no habias conservado ningun vínculo, ninguna relacion capaz de comprometer la futura felicidad de tu matrimonio.

Federico. Ah! querido tio!...

Clerambeau. Lo creo... pero exijo de tí el mismo juramento... (*Dirigiéndose al foro.*) Eh! qué es esto? quién viene?

ESCENA III.

ANA. CLERAMBEAU. FEDERICO. HECTOR.

Hector. (*Saliendo precipitadamente y dirigiéndose á Federico.*) Amigo mio, Federico!... (*Reparando en Clerambeau y su hija.*) Ah! perdonad! no habia reparado!

Clerambeau. Qué agitacion!... cualquiera diria que os vienen persiguiendo.

Ana. Y que venís lleno de miedo.

Hector. No, (*Turbado.*) es que he corrido, he venido mu de prisa... para un asunto urgente sobre el cual queri

que me aconsejase Federico... un asunto personal y que me interesa. (*Clerambeau se separa de ellos, y va á sentarse á la mesa de la izquierda, ocupándose en hojear una revista.*)

Ana. (*Acercándose á Federico y en voz baja.*) Será el asunto de esta mañana.... sobre la señora...

Federico. (*Turbado.*) Bien puede ser.

Ana. (*Idem.*) Aconsejadle que se enmiende y tenga mas juicio si quiere casarse con mi amiga Julia... Un marido no debe amar mas que á su muger.

Federico. (*Cortado.*) Es verdad.

Ana. Pues bien, habladle, decídselo asi... Os dejo con toda libertad. (*Dirígese al foro y pasa á la izquierda, al lado de su padre, que está sentado, y lee por cima de su hombro.*)

Federico. (*Acercándose con impaciencia á Hector que está á su derecha.*) Qué es eso? qué me quieres para venir asi?

Hector. (*En voz baja.*) Dí que tienes ensayo... coge el sombrero y márchate.

Federico. Qué significa eso?

Hector. Vete, te digo, ó prevente á sufrir la tormenta, y á tener una que os han de oir los sordos.

Federico. Por qué?

Hector. Porque viene ahi... detras de mí.

Federico. Pero quién?

Hector. La condesa!... Yo he tomado la delantera... ya ves, estoy jadeando... pero no puede tardar.

Federico. Gran Dios!... cómo impedir...

Hector. Ya no es tiempo! ahi la tienes.

ESCENA IV.

CLERAMBEAU. ANA. LUISA, *que se presenta de pronto en la puerta del foro, precediendo al criado que venia á anunciarla.* HECTOR. FEDERICO.

Luisa. (*Deteniéndose un instante en el foro y mirando á los cuatro.*) Aqui estan! (*Ana y su padre la miran sorprendidos. Luisa da un paso hácia Federico.*)

Hector. (*Dándose prisa á salirla al encuentro, y presen-*

tándola á Clerambeau.) La señora condesa de San Geran!
(*El criado que seguia á Luisa se retira.*)

Clerambeau. La muger de nuestro amigo!

Ana. De nuestro bienhechor!... (*Corriendo á ella.*) la que tantos favores nos dispensa...

Clerambeau. Y se digna honrarnos con su visita.

Luisa. (*Conmovida y mirando á Federico.*) El conde ha intentado en vano detenerme... he puesto empeño en venir esta misma mañana, porque no veia el momento de conocer á su ahijada... y á su íntimo y antiguo amigo el señor de Clerambeau.

Clerambeau. Esa ha sido demasiado bondad!... á nosotros correspondia anticiparnos y pasar á ponernos á vuestras órdenes... (*Cogiendo á su hija por la mano.*) Tengo el honor de presentaros á Ana Clerambeau, hija mia... y ahijada de vuestro esposo...

Luisa. (*Que no ha cesado de mirar á Ana.*) Ah! (*Haciendo por reprimirse.*) Muy bien!...

Clerambeau. (*Con buena fé.*) No muy mal!... para quien no ha salido de Burdeos. Siento en el alma, señora, que no haya tenido la honra de conoceros antes... mas ahora que va á tomar estado... ahora que va á ser esposa de su primo...

Hector y Federico. (*Aparte y volviendo la cabeza.*) Cielos!

Luisa. Su esposa! (*Con acrimonia.*) Ah! doy la enhorabuena al señor Federico de Albret por tanta dicha.

Ana. (*Pasando al lado de Luisa.*) Que os debemos á vos, señora... y no sé cómo espresaros mi agradecimiento... porque vos habeis sido la causa de todo... del consentimiento de mi padre... de mi enlace con mi primo...

Federico. (*Queriendo interrumpirla.*) Ana!

Ana. Y por qué ocultar á la señora condesa nuestra gratitud... y nuestra alegria?

Clerambeau. Que son obra suya...

Luisa. (*Con acrimonia.*) Todavia no.

Ana. Hay acaso otros obstáculos?...

Luisa. (*Mirando á Federico.*) Tal vez!

Hector. (*De pronto.*) Relativos á la cruz de la legion...

Clerambeau. Cuáles?

Luisa. (*Esforzándose para dominar su conmocion.*) Tengo que hablar de ellos con el señor de Albret, á quien no creia encontrar aqui... (*A Clerambeau y Ana.*) No os

asusteis!... Le diré ahora mismo reservadamente lo que.... lo que pienso... sobre...

Hector. (*De pronto.*) Sobre esos obstáculos...

Clerambeau. (*Inclinándose.*) Os dejamos !...

Ana. (*A Luisa.*) Dios mio!... con que será preciso diferirlo y aguardar todavia ?...

Federico. (*Bajo á Hector.*) Llévatela de aqui.

Clerambeau. (*Bajo á su hija.*) Vamos, vamos, hija mia. (*Vase el primero por la puerta de la izquierda. Ana da algunos pasos para seguirle, despues se detiene y dice á Luisa.*) Señora, quedad con Dios!

Luisa. Adios... adios... (*Saludándola con la mano y esforzándose para dominar su turbacion. Ana da un paso para volver á hablar á Luisa; Hector, que se habia dirijido hácia el foro, la estorba ir mas lejos y se la lleva.*

Ana. (*Hablando con Hector al salir.*) Ya veis que si hubiera todavia obstáculos que vencer, seria cosa terrible. (*Vanse los dos por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

LUISA. FEDERICO.

Luisa. Por fin estamos solos !... Queria ver y convencerme por mí misma... que no habia sido burlada por un suño ó por una impostura. Pero no... todo es verdad !.... todo es positivo!... y esta vez al menos no me han engañado. Con que hoy mismo... esta mañana... mientras afectabais á mis ojos los mas tiernos sentimientos... se concertaba este enlace!.. qué digo? estaba ya convenido, resuelto... y todos vuestros amigos, todo el mundo escepto yo... lo sabia. (*Con ironía.*) Por qué temiais que yo lo supiera?... por qué os negasteis á participármelo?... Recelabais que yo pusiera obstáculos, ó lo habeis hecho por lástima, temiendo el efecto que podria causarme el pesar de perderos? En ese caso ha sido un esceso de delicadeza que no creia hallar en vos; pero creia hallar honradez, probidad, franqueza... y ahora veo que era exijir demasiado.

Federico. Quejaos de mi debilidad... pero no de mi falta de franqueza... Hasta esta mañana, os lo juro, no habia pensado formalmente en este casamiento... el conde de san

Geran vino á proponérmelo... y yo me encaminé á vuestra casa resuelto á decíroslo todo.—Luego que os ví, señora, no tuve fuerza ni valor para revelaros una pasion.

Luisa. En la cual yo no hubiera creido... Quereis persuadirme que vuestra prima, á quien desde la niñez no habeis visto, y que ha vivido hasta ahora olvidada de vos, os ha prendado... esta mañana misma... asi que ha llegado... y que ese arreglo de familia, esa especulacion ideada por el conde se ha transformado súbitamente en un casamiento de inclinacion?

Federico. Señora... asi es la verdad.

Luisa. Desearia creerlo por vos, por vuestro honor, para no tener derecho de retiraros mi estimacion; pero por desgracia Clerambeau es inmensamente rico.

Federico. Ah! señora.

Luisa. (*Con ira.*) Sí, al dinero, al vil interés es al que me sacrificais.

Federico. No... no... os lo juro.

Luisa. Ya no creo en vuestras palabras ni en vuestros juramentos, solo debo dar crédito á vuestras acciones. Ahora mismo vais á llamar á vuestro tio y á decirle delante de mí que renunciais á ese casamiento. Es preciso, lo quiero, lo exijo, lo oís?... lo exijo, yo, á quien todo lo debeis.

Federico. (*Interrumpiéndola con viveza.*) A! no teneis necesidad de recordármelo; los vínculos del agradecimiento me encadenarán siempre á vos, y podeis contar con ello, pues vuestras mismas quejas no los han roto. Por lo demas... bien sé que vos sois una señora de la alta sociedad... y yo no soy mas que un pobre artista... pero ennoblecido por vuestro amor y por alguna gloria, la distancia que nos separaba ha desaparecido... y mal que les pese á vuestros duques y pares, á todos esos grandes que os rodean y que se indignarian tal vez de tenerme por rival, la nobleza de las artes vale tanto como cualquiera otra!... es no menos gloriosa y mas rara todavia... porque el rey que improvisa duques y pares, no puede improvisar hombres de talento.

Luisa. (*Queriendo interrumpirle.*) Os habeis engañado, caballero, ni ha sido mi intencion ni tengo derecho...

Federico. De tratarme como á esclavo... ni de mandarme....

Luisa. Bien... sea por la última vez... Perdonad un momen-

to de despecho que en vano he intentado reprimir... Dadme el tiempo y el ánimo suficientes para romper este lazo fatal que me indigna... y que es ya para mí tan insufrible como para vos... Vuestra conducta me prestará la energía que mi corazon me negaba... tal vez haya en este amor mas orgullo que afecto... tal vez hubiera sobrellevado mejor vuestra pérdida que vuestro abandono... Y en este instante en que os veo, no ya tal cual mi imaginacion se complacia en crearos... sino tal cual sois... pregunto á mi corazon... y ya... se me figura que puedo olvidaros... huir de vos... que puedo dejar de amaros... y hasta... (*Con pasion.*) No... no... yo no soy como vos... no quiero engañaros... os amo... os amo siempre!

Federico. Cielos!... si nos oyesen!...

Luisa. (*Airada.*) Ah! es temor lo que esa palabra os inspira ahora... temeis oirla... vos!... (*Deteniendose á un movimiento de Federico, y bajando la voz.*) No temais, caballero, no temais que os comprometa.... podeis contar con garantias que tengo en mas estima que á vos mismo: la sangre que circula por mis venas, y sobre todo el nombre que debo á mi esposo.... harto es ya haberle empañado con una falta, sin cubrirle ahora de baldon con un escándalo. Por lo que á mí hace, creia hasta el dia, que nuestro mayor castigo consistia en el remordimiento de haber faltado á nuestros deberes... pero ahora, gracias á vos, empiezo á sentir un castigo mayor todavia... el de tener que avergonzarme de la persona por quien todo lo he atropellado!... y mi único pesar en este instante, es ese distintivo honorífico que yo he mendigado para vos, y que no mereceis.

Federico. Ah!... gracias al cielo! Vos misma habeis roto unos lazos que yo no me atrevia á romper... vuestros insultos me eximen de la esclavitud, y acallan la voz de mis remordimientos. Ana será mi esposa.

Luisa. Vuestra esposa?

ESCENA VI.

JULIAN, *que sale precipitadamente.* LUISA. FEDERICO.

Luisa. Vos aqui, Julian? Qué traeis?

Julian. (*En voz baja á la condesa.*) El señor conde está de

vuelta; ha preguntado al entrar por la Señora... y viene muy agitado.

Luisa. (*Aparte.*) Cielos! (*Alto á Julian, haciéndole seña de ir delante. Vase Julian.*) Andad, andad, voy corriendo. (*Dirígese precipitadamente hácia la puerta del foro.*)

Federico. (*Dando algunos pasos hácia ella.*) Señora... en nombre del cielo!

Luisa. (*Volviendo hácia él.*) Adios, caballero, adios para siempre. (*Vase.*)

ESCENA VII.

FEDERICO *solo.*

Ah!... *Quédase algunos instantes con la cabeza apoyada en las manos, en seguida mira en derredor suyo con alegría.*) Libre!... soy libre!... puedo respirar en fin... he roto mis cadenas.

ESCENA VIII.

HECTOR, *sacando la cabeza por la puerta de la izquierda sin atreverse á entrar.* FEDERICO.

Federico. (*Corriendo á él.*) Ah! amigo mio, querido Hector!

Hector. Qué es eso, hombre?

Federico. (*Echándole los brazos.*) Abrázame... todo se concluyó.

Hector. De veras?

Federico. Ya me pertenezco á mí mismo... soy dueño de mi albedrío, se acabó todo. Hemos roto para siempre.

Hector. El cielo te oiga!

Federico. Puedes dudarlo todavia?...

Hector. No... pero como decia esta mañana... cierta persona... (*Con temor.*) que no quiero nombrar... temo que alguna circunstancia imprevista vuelva las cosas á su antiguo ser, y la desesperacion de hace poco me dá miedo.

Federico. Es verdad! Pobre muger!

Hector. Te pesa ya lo que has hecho?

Federico. No... pero la compadezco.

Hector. Pues yo no compadezco mas que á los que se encuentran como yo, contra su voluntad y sin comerlo ni

beberlo, metidos de patitas en aventuras de este calibre, esponiéndose á perder la pelleja! Si tú me hubieses visto hace poco, no me hubieras conocido: debia tener una cara estúpida!

Federico. Pobre Balandard!

Hector. Y yo que te tenia envidia por tus triunfos con las damas de la buena sociedad.—Nada, nada, á mis amores caseritos me atengo. Viva mi Julia! Has de saber que está aqui.

Federico. Como!

Hector. Esta noche hay reunion. Han venido algunos amigos... y ella está ahi con su familia.

Federico. Voy á verla... y á confesarla la verdad bajo secreto, una vez que te he comprometido con ella...

Hector. (*Deteniéndole.*) Guárdate de hacer tal cosa!

Federico. Por qué?

Hector. Tú no puedes imaginarte lo que he ganado en su concepto desde esta mañana... Está conmigo sumamente amable y cariñosa... todo se la vuelve hablarme de esa pasion... que tú me has colgado.... y que ella no me creia capaz de inspirar!.. Voy viendo que unas relaciones por el estilo de las tuyas, son una especie de cebo para las demas mugeres. En rompiendo una la marcha, se animan las demas.

Federico. Y Julia, á lo que parece, es de las que se animan!

Hector. Sí, y te lo debo á tí. Yo jamás he tenido pretensiones de ser libertino ni hombre de aventuras; pero ya que estoy reconocido y reputado por tal, no me quites ese defecto porque me quitabas un mérito á sus ojos.

Federico. Tienes razon, y me guardaré de hacerlo... Serás todo lo seductor que quieras...

Hector. (*Dándole la mano.*) Gracias... ahora si que voy á ser feliz.

Federico. No tanto como yo lo soy en este momento. Aqui viene Ana. (*Va al encuentro de Ana que sale del cuarto de la izquierda.*)

ESCENA IX.

ANA. FEDERICO. HECTOR. CRIADOS.

Ana. Eso es caballero! Conque he de ser yo la que venga á buscaros!... He oido salir el coche de la condesa. Y esos obstáculos que tenia que manifestaros?

Federico. Nada, nada.

Hector. Desaparecieron.

Ana. (*Con alegria.*) Me alegro. Ya estan ahi todos, escepto el notario y mi padrino... las dos personas mas esenciales... despues de nosotros, se entiende. Y vos, señor Balandard, cómo os hallais aqui? hace media hora que Julia os está esperando; me ha preguntado dos veces si habia visto á Hector.

Hector. (*Bajo Federico.*) Lo oyes... ya no puede vivir sin mí... corro á saludarla. (*Vase.*)

Ana. (*Dirigiéndose á los criados que se presentan en el foro.*) Y vosotros ya podeis hacer circular el ponche, los helados. Despachaos.

Criado. Al punto, señorita.

Federico. (*Sonriéndose.*) Estais en todo, querida Ana.

Ana. Es la obligacion de nosotras las mugeres; pero espero que me digais eso con mas motivo cuando estemos casados. (*Señalando á la izquierda.*) Me vuelvo al salon. Vos vendreis tambien, no es verdad? — Si me quedase mas tiempo aqui dirian que lo hacia por hablar con vos. (*Sonriéndose.*) Y quizas tendrian razon!... (*Retírase corriendo.*) Adios, primo mio! (*Dándose en la frente.*) Ah! qué cabeza... y deciais que estaba en todo... Se me olvidaba entregaros esta esquela que vuestro *groom* acaba de bajar para vos.

Federico. (*Tomando la esquela y mirando á Ana.*) Gracias, primita hermosa, gracias. (*Mirando la letra.*) Cielos!... (*Atraviesa rápidamente el teatro. Durante este tiempo Ana se habrá vuelto hácia los criados que salen por la puerta del foro con bandejas de helados &c.*)

Ana. Vos, al salon. (*A otro criado.*) Vos, al cuarto de mi prdre y al gabinete.—Despues acabareis de disponer las mesas de juego. (*A Federico.*) Vendreis pronto... no es verdad?

Federico. (*Turbado.*) Sí... sí... ya os sigo. (*Vase Ana por la puerta de la derecha que figura ser la del gabinete, casi al mismo tiempo que sale Hector por la de la izquierda, la cual se supone ser la del salon.*)

Hector. (*Con mucha viveza.*) Un helado!... un helado para la señorita Julia. (*Alzando la vista y reparando en Federico que vacila y se apoya en la mesa de la izquierda.*) Calla! qué tiene aquel que se apoya en la mesa!... Se pone malo!... será efecto de la alegria? (*Corriendo á él.*) Federico!...

Federico. (*De pronto.*) Calla... calla.

Hector. Qué tienes?

Federico. Es de ella... de la condesa... Toma, lee.

Hector. (*Leyendo.*) « Estoy perdida!... mi marido lo sabe todo. (*Temblando.*) Ah! no tengo alientos para acabar.

Federico. (*Cogiéndole la esquela.*) « No tengo mas que á vos en el mundo que me defienda ó me aconseje. Me hallo en vuestra casa... os aguardo.»

Hector. (*Colérico.*) Qué te decia yo? Esto no se acaba... no se acabará nunca.

Federico. (*Con desesperacion.*) Y en el momento mas feliz de mi vida!... Adios, amigo mio... adios!

Hector. Pues qué? Vas á buscarla?

Federico. Puedo acaso vacilar sin ser un infame? Tolo lo ha perdido por mí... clase, riquezas, reputacion!— Y ademas, no hay por medio un hombre de honor á quien he ofendido y afrentado?

Hector. Ah! no me digas eso.

Federico. Sí, y sin mas tardar mañana...—Mi vida le pertenece... iré á ofrecérsela.

Hector. (*Fuera de sí.*) No irás tal!

Federico. Silencio!... y serénate. Hagamos por conservar toda nuestra sangre fria, y pensemos ante todo en esa desventurada muger... en su marcha... en su fuga... Es preciso mucho dinero... y yo no le tengo!...

Hector. Qué importa? le tengo yo...

Federico. Y tan luego como ella esté en parage seguro... Ven!... corramos!... (*Deteniéndose.*) Pero mi tio?... mi prima?

Hector. (*Subiendo y dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*) Y toda esa gente que ha sido convidada?... y el contrato que debia firmarse esta noche misma!

Federico. (*Que habrá pasado á la derecha.*) Imposible!.... diré que no!... Pero presenciar las lágrimas de Ana, su desesperacion, las quejas de su padre, el escándalo que mi negativa va á causar... No... no... no tengo valor para tanto! Que no sepan nada esta noche... mañana... mañana vendrás tú... y se lo confesarás todo... cuando yo haya dejado de existir.

Hector. Qué dices?

Federico. (*Con frialdad.*) Hay acaso otra salida?

Hector. Muerto!... muerto tú!—Yo no quiero, oyes?

Federico. Silencio!

Hector. Ese es un absurdo!—Batirse; dejarse matar, ó huir á pais estrangero por una muger á quien no amas!... y abandonar por ella...

Federico. Callarás!

ESCENA X.

HECTOR. FEDERICO. ANA, *que sale del gabinete por la puerta de la derecha.*

Ana. (*De pronto.*) Qué es esto? qué teneis? (*A Hector y deteniéndose al verle.*) Ay, Dios mio! qué descolorido estais, señor Balandard!

Hector. Yo!—Sí señora... es verdad... no lo niego.

Ana. Y hariais mal en hacerlo.—Qué os ha pasado?... algun susto?...

Hector. (*Turbado.*) Quisiera... no puedo... deciros... ni esplicaros.

Federico. (*Bajo.*) Es un secreto.

Ana. (*De pronto.*) Me le direis?

Federico. (*Idem.*) Sin falta! (*Bajo á Hector y señalando á la puerta del foro.*) Ve á cuidar de ella!

Hector. Yo! (*Asustado.*) Y si en ese tiempo...

Federico. Qué?

Hector. Viniese el marido... y...

Federico. Yo subo al momento. (*Empujándole.*) Corre.

Hector. (*Aparte.*) Ah, Balandard de mi alma! Si vuelvo á verme en otra!... Pero es el caso que me he metido en este embrollo de tal modo... nada, no hay medio de salir... condenado á perpetua... (*Obedeciendo á una mirada*

de Federico.) Voy, hombre, voy. (*Marchándose.*) Ah! es cosa de perder el juicio! (*Vase.*)

ESCENA XI.

FEDERICO. ANA.

Ana. (*Con alegria y mirándole marchar.*) Es hombre que me divierte el señor Balandard! (*Corriendo al lado de Federico.*) Decidme ahora su secreto.

Federico. (*Cortado.*) Su secreto?...

Ana. (*Mirándole y reparando en su turbacion.*) Conque es cosa séria?

Federico. En estremo.

Ana. Es todavia sobre esos amores... sobre la señora de esta mañana?

Federico. Sí... sí... sobre esa fatal pasion por la que se ve ahora harto castigado.

Ana. Bien hecho... lo merece.

Federico. Es verdad!... pero le va la vida en ello.

Ana. Ah! pobre joven!

Federico. Un desafio.

Ana. Misericordia!

Federico. Y como yo debo ser su padrino...

Ana. (*De pronto.*) Hay peligro para los padrinos?

Federico. Ninguno.

Ana. A Dios gracias!...

Federico. Pero es preciso que nos marchemos los dos corriendo... que vaya á reunirme con él al instante... sin que lo echen de ver... Y es preciso... por vuestro padre... por todo el mundo...

Ana. Por Julia sobre todo...

Federico. Es preciso retardar ese contrato... suspenderle hasta mañana... y buscar para lograrlo... una escusa que no parezca que sale de mí.

Ana. (*De pronto.*) Eso corre de mi cuenta... yo me encargo de buscarla...

Federico. Es posible!

Ana. (*Con cariño.*) Una vez que en eso os complazco... que os saco de un apuro... en pago me considero tan feliz de tener un secreto con vos... No temais, sabré guardárosle, porque vos... soy yo!

Federico. (*Aparte.*) Ah! desventurado de mí!

Ana. Cuidado, aqui viene mi padre... aparentad un semblante risueño... asi... como yo...

ESCENA XII.

CLERAMBEAU. FEDERICO. ANA.

Clerambeau. Todos se vuelven obstáculos para tu boda, hija mia. El conde de san Geran... mi amigo...

Ana. Mi padrino... que debia ser nuestro testigo?... Hablad.

Clerambeau. Me ha enviado á decir que un árduo asunto le impide salir de su casa...

Federico. (*Aparte.*) Harto le adivino.

Clerambeau. No podrá venir á firmar el contrato... y nos ruega que no le aguardemos... He recibido en ello un disgusto.

Ana. Y yo tambien.

Clerambeau. Pero en fin, el notario está ya ahi... y todos los demas amigos tambien. Venid, hijos mios.

Ana. (*Bajo á Federico que hace un gesto de temor.*) No tengais miedo. (*A Clerambeau.*) No, padre mio, no, eso no estará bien.

Clerambeau. Qué dices?

Ana. Mi padrino ha sido el que ha hecho este casamiento... Ademas es uno de los testigos, y no podemos estando él ausente... (*Bajo á Federico.*) Está asi bien? (*Federico la estrecha la mano.*)

Clerambeau. Pero una vez que él lo permita y nos autoriza...

Ana. (*Pasando al lado de su padre y mirando á Federico.*) No importa... lo dejaremos para mañana... me parece que por un amigo se debe...

Clerambeau. (*Acalorándose.*) Hacer un desaire á los demas?... Pues y la prisa que tenias antes.....

Ana. Ya se me ha pasado.

Clerambeau. Esta mañana no querias dilatarlo un dia, ni una hora...

Ana. Era un antojo... ahora me ha entrado otro...

Clerambeau. Quieres callar?

Ana. Caprichos... padre mio... caprichos!

Clerambeau. Pero, chica, quieres callar? delante de tu primo... de tu futuro... Qué opinion formará de tí?

Ana. (*Mirando á Federico con ternura.*) Muy buena... asi lo espero.

Clerambeau. (*De pronto y pasando al lado de Federico.*) Sobrino... sobrino... no la hagas caso... y vayas á creer por eso que tiene mal carácter... En la vida la he visto asi... esta es la primera vez...

ESCENA XIII.

ANA. CLERAMBEAU. HECTOR.

Hector. (*Acercándose á Federico y en voz baja.*) Te está aguardando, me ha preguntado por tí... y si no vas pronto...

Federico. (*Idem.*) Un momento no mas.

Clerambeau. (*A su hija.*) Venid entonces, venid á ayudarme á disculpar con mis amigos, señorita...

Ana. (*A su padre que se encamina hácia el salon.*) Sí, padre mio, allá voy. (*Clerambeau entra en el salon. Ana dice de pronto á Federico acercándose á él.*) Estais contento de mí?

Hector. (*Admirado.*) Cómo?

Ana. (*En tono de queja.*) Ah! señor de Balandard, cuántos sentimientos dais á vuestros amigos!

Hector. (*Asombrado.*) Yo!...

Ana. Cómo ha de ser... andad, andad corriendo. (*Acercándose á la puerta de la izquierda.*) Id con Dios y volved pronto...

Federico. (*Desde la puerta del foro mirando á Ana.*) Tener que renunciar á tanta dicha!...

Ana. (*Desde la izquierda.*) Mañana... el contrato?

Hector. (*Tirando de Federico y llevándosele por el foro.*) Vamos... vamos.

Acto cuarto.

La misma decoracion del tercer acto.

ESCENA PRIMERA.

HECTOR, *por la puerta del foro como si hablase con alguno.*

Sí... sí... al señor de Clerambeau... tengo que hablarle sin falta... No creia que tuviese ya gente á estas horas... (*Saliendo.*) Aguardaré.—Qué noche he pasado!... Prometí ayer á Federico que vendria á preparar á su tio para que no le cogiera de nuevas lo que despues ha de saber. Hemos decidido en nuestro conciliábulo nocturno que la condesa se fugará hoy por la madrugada !... y que si Federico no queda muerto se marcharia con ella á Suiza... en el caso contrario tendré que ser yo ! (*Con sentimiento.*) Adios, bufete!... no he pegado los ojos en toda la noche ! á cada momento mi imaginacion me representaba espadas, pistolas.—Qué horrible pesadilla!— Decididamente estoy por los amores pedestres; porque con las bellas que gastan carretela no gana uno para sustos !— Y luego los amores caseros tienen la ventaja de que acaban cuando á uno se le antoja... Yo tenia un medio infalible de precipitar el desenlace... escribia por sí ó por no y sin encomendarme á Dios ni al diablo: «Todo lo sé.... no me volvereis á ver mas...» Nunca ha llegado el caso de que me pidan aclaraciones, y aqui por el contrario...

Dios sabe las que hay que dar!... y por que estilo!... A cada paso creo ver delante de mí como un fantasma á mi terrible cliente.... (*Viendo al conde de san Geran que viene por la puerta de la izquierda.*) Eh! qué es lo que yo decia?

ESCENA II.

EL CONDE DE SAN GERAN. HECTOR.

Hector. Qué veo?... sois vos... señor conde? tan de mañana fuera de casa!

San Geran. Hácia ella volvia... cuando se me ocurrió que Clerambeau es madrugador, y he subido á disculparme con él por la falta de ayer noche... y á manifestarle el motivo que me impidió venir á firmar el contrato.

Hector. (*Aparte.*) Segun veo el suegro lo sabe todo... mi visita es inútil.

San Geran. Pero ya que os encuentro, quiero tener tambien una esplicacion con vos, señor Balandard.

Hector. (*Aparte.*) Cielos!

San Geran. Ayer recibí los apuntes que me remitisteis concernientes al pleito. (*Sonriéndose.*) Sin duda cuando los redactasteis se habia disipado vuestro dolor de cabeza... porque estaban estendidos con una claridad y una fuerza de lógica admirables... es una obra que os honra.

Hector. (*Inclinándose.*) Señor conde!...

San Geran. No... no... con esas notas no cabe discusion posible, miro ya como ganado el pleito y ayer mismo me hubiera pasado por vuestra casa á daros las gracias, si un lance tan desagradable como imprevisto...

Hector. (*Tartamudeando y aparte.*) Dios mio! si yo pudiese lograr que la cosa no pasase adelante... (*Alto.*) Lance bien desgraciado...

San Geran. Qué!... lo sabeis... ha corrido ya la voz...

Hector. Lo sé yo... lo sé yo solo. (*Turbado.*) La casualidad la... y la amistad que nos une...

San Geran. Amistad... de la cual no os debo dar el parabien.

Hector. Teneis razon.—Pero no habrá modo en el interes de todos, de arreglar ese asunto?...

San Geran. Está ya terminado... de eso vengo ahora.

Hector. Le habeis visto ya esta mañana?... Si apenas son las siete!

San Geran. Nos hemos batido á las cinco.

Hector. Qué oigo?—Muerto!... le habeis muerto?

San Geran. Quizas debiera haberlo hecho!... pero en aquel mismo momento me acordé... que ayer mañana, hablando de él, habia prometido neciamente... á eso debe la vida... me he contentado con apuntarle al hombro derecho.

Hector. Cielos!—Y le habeis herido?

San Geran. Toma! Pues no!

Hector. (*Lleno de cólera y temblando.*) Eso es horrible.... caballero!... es atroz!

San Geran. Tomais su defensa?

Hector. (*Fuera de sí.*) Sí señor. Soy un triste abogado, pero no importa... en tratándose de un amigo...

San Geran. Antes de acusarme, leed, caballero. Si hubieseis hallado en el secreter de vuestra muger una carta como esta...

Hector. (*Aparte y echando una ojeada á la carta.*) Cielos! no es la letra de Federico!

San Geran. Hacer la corte á mi muger... quejarse de su indiferencia y atreverse á dirigirla una declaracion, sobre todo en este estilo, os parecerá poco tal vez... y yo debiera despreciarlo en efecto... Pero no asi estos dos renglones que me conciernen. (*Volviendo á coger la carta y leyendo.*) «Como decíamos el otro dia en nuestro club... ese terrible almirante, que con su largo anteojo marítimo no ve ni aun lo que pasa en su casa...» Os parece que podian quedar impunes semejantes palabras pronunciadas públicamente en un club... por vuestro protegido el vizconde?

Hector. (*Aparte.*) Calla! es un vizconde!...

San Geran. El único desacierto que he cometido cuando esa carta cayó por casualidad en mis manos... fue dejarme arrebatar delante de uno de mis criados por un movimiento de cólera, que despues he reprimido, porque mi muger no debia saber que yo tenia noticia de un insulto que ella me habia callado con razon.—Pensé al principio escribir á Federico suplicándole que me sirviese de padrino, pero podia haberse asustado su amada... Tomé á uno de mis oficiales... un teniente de navio, con el

cual me fui en derechura esta mañana á casa de Langeac.

Hector. Langeac?

San Geran. Amigo vuestro... segun habeis dicho...

Hector. Amigo... es decir, cliente mio.—Todos mis clientes son mis amigos.—Pero ahora que sé lo que ha pasado... ya varía de especie... le desconozco...

San Geran. Os doy las gracias por ello.

Hector. Lo único que deseo... es que no sea cosa de cuidado.

San Geran. (*Con tono indiferente.*) No lo sé!... es de esperar... Yo no queria hablar de esta aventura mas que á Clerambeau y á su yerno; por lo mismo he enviado á decir á Federico que le aguardo aqui.

Hector. (*Aparte.*) Nos hemos salvado! Corramos á avisar á Federico. Jesucristo! hétele aqui.

ESCENA III.

FEDERICO. SAN GERAN. HECTOR.

(*Federico, pálido, con el frac abrochado hasta arriba, y una caja de pistolas en la mano, se acerca á San Geran sin ver las señas que le hace Hector.*)

Federico. (*Conmovido.*) Señor conde, me habeis enviado á decir que me aguardábais aqui... en casa de mi suegro.... y vengo á ponerme á vuestras órdenes!

Hector. (*Aparte.*) Esto es hecho.

San Geran. (*Admirado.*) A mis órdenes... y para qué?

Federico. (*Idem.*) Me admira, señor conde, que me lo preguntéis.

Hector. (*Con viveza.*) En efecto... es cosa que le correspondia de derecho... y en cuanto yo le vi esta mañana y se lo conté, se propuso ser padrino vuestro... á eso venia...

San Geran. Es posible! Os doy las gracias, querido amigo. Yo tambien pensé al principio en vos para que lo fueseis...

Hector. Eso mismo me estaba diciendo ahora el señor conde.

Federico. (*Sorprendido.*) Cielos!... qué significa...

Hector. Por desgracia ya todo se terminó... (*Pasando á su lado.*) deja ahi tus pistolas .. ya no hacen falta. (*Tomán-*

doselas y quitándole tambien el sombrero que deja encima de una mesa.) El desafio ha sido esta mañana.

San Geran. A las cinco.

Hector. (*Con mucha prontitud.*) Y el señor de Langeac está herido...

Federico. Ah! herido!...

Hector. (*Idem.*) Pero no de peligro... no te asustes... Asi aprenderá á refrenar la lengua... Cuando yo decia... que hasta que sucediese una cosa asi... Ha sido una buena leccion!

Federico. (*Mirándole con mucha conmocion.*) Sí... si... con efecto.

Hector. (*Idem.*) De que le quedará memoria.

San Geran. Asi lo espero... Vuestro suegro, á quien acabo de referir este suceso, me ha dicho que ni vos ni mi ahijada habeis permitido firmar el contrato en ausencia mia, y en vista de esto he creido que era de mi deber manifestaros yo mismo las razones que podian servirme de disculpa. Clerambeau no ha querido admitir ninguna, sino con la condicion de que vendria hoy á almorzar con vosotros en familia... y ya podeis figuraros que me he guardado bien de privarme de este gusto. Voy á despachar en un momento ciertos asuntos que quiero dejar corrientes para mi viage de mañana, y entre los cuales hay uno que os concierne... Con que hasta despues! (*Se dirige hácia la puerta. Movimiento de alegria de Hector y Federico.*) Ah! y esta noche el contrato de boda.... sin falta por esta vez...

Hector. (*Aparte.*) Dios lo quiera!

San Geran. Y si nos queda tiempo... iremos á terminar la noche á la ópera... á esa famosa representacion... en la cual buscaremos á vuestro adversario.

Hector. (*Con atolondramiento y alegria.*) A quien no encontraremos.

San Geran. Y por qué?

Hector. (*Cortado.*) Digo, supongo...

San Geran. No importa! sabremos que hemos estado nosotros... A mas ver, señores.

Hector. Bésoos la mano, señor conde. (*San Geran se va. Hector sin acabar la frase se deja caer anonadado en un sillon de la izquierda, mientras que Federico va á sentarse al opuesto.*)

ESCENA IV.

HECTOR. FEDERICO.

Hector. Otro susto fuera del cuerpo!

Federico. (*Agobiado.*) No sé ya que es de mí.

Hector. Ni yo tampoco... Estos apuros y estos tramujos continuos son para quitarle á uno la vida... De esta hecha cojo una enfermedad!

Federico. (*No acabando de volver de su sorpresa.*) Era con Langeac!... Y á no ser por tu presencia de ánimo...

Hector. Yo que en la vida la he tenido... Era tal mi miedo, que saqué fuerzas de flaqueza... Lo veia todo perdido.

Federico. (*Levantándose de pronto y pasando á la izquierda.*) Ah! Dios mio!

Hector. Qué tienes, hombre?

Federico. Y su muger?

Hector. Dónde está?

Federico. En mi casa... para emprender nuestra fuga... para marcharnos...

Hector. Otro susto!... Vamos, esto es cosa de nunca acabar... Corramos sin perder un instante... (*Precipítase hácia la puerta, y da un grito viendo aparecer á Luisa pálida y en el mayor desórden.*)

ESCENA V.

FEDERICO. LUISA. HECTOR.

(*Luisa sale precipitadamente por la puerta del foro, sin ver al principio á Federico, que se habrá dirigido hácia la izquierda del foro, y no repara mas que en Hector, que se encuentra con ella cara á cara. Corriendo á él.*)

Luisa. He conocido su berlina... la he visto desde los balcones... se han marchado... van á batirse... Venid, venid... porque Federico sucumbirá. (*Vuélvese, repara en*

él, da un grito y se precipita en sus brazos.) Ah!

Federico. Tranquilizaos, el desafio se ha verificado ya.

Hector. (*Con viveza.*) Pero no con él.

Federico. Con el señor de Langeac...

Luisa. Es posible!

Hector. De quien se ha encontrado una carta en vuestro secreter...

Federico. Donde ocultais tambien las mias... El criado que con tanta fidelidad nos sirve se asustó al ver la cólera del conde, y vino precipitadamente á avisaros.

Luisa. Ah! lo que es el ser culpable!... Creí que todo se habia descubierto.

Federico. Y todo se ha salvado.

Hector. Pero es preciso que os marcheis al punto de esta casa... Subid al cuarto de Federico... Voy volando á buscar un coche!...

Federico. Que espere en la puerta!

Hector. Está dicho... volveré á avisaros. Ah! esta caja. (*Vuelve á bajar, y coge la caja y el sombrero de la mesa de la izquierda.*)

ESCENA VI.

FEDERICO. LUISA.

Federico. Sí... es preciso que esteis en vuestra casa antes que el conde vuelva... porque si pregunta por vos... si no os encuentra á estas horas...

Luisa. (*Fuera de sí.*) Entiendo... teneis razon... Pero perdonad... tantas ideas se confunden en mi cabeza... el temor, la alegria... Digísteis que os separábais de mí para los preparativos de nuestra marcha. Creí que me engañábais, os supuse muerto, y entonces, á pesar mio... sin querer... salí de vuestro cuarto... bajé esa escalera... Estaba loca!

Federico. (*Temeroso y mirando en torno suyo.*) Venid... no pensemos mas que en vuestra seguridad...

Luisa. (*Sin escucharle.*) Sí... sí. Con que es verdad! íbais á sacrificarlo todo por mí... vuestra familia, vuestra patria!—Tanto amor, despues de lo que os he ofendido!... Ya veis que nos amamos siempre; que unidos por el pe-

ligro, nada puede ya separarnos!... Y por lo que hace á ese casamiento...

Federico. (*Lleno de temor.*) Qué osais decir?

Luisa. (*De pronto.*) Ya sé que habeis dado vuestra palabra, y no podeis volveros atras de ella... Pero yo me encargo de eso...

Federico. (*Aterrado.*) Gran Dios!... Venid, os digo... no estemos aqui mas.

Luisa. Por qué?

Federico. Si os viesen asi, tan de mañana, en casa de mi tio...

Luisa. Verdad es... no habia caido en ello.

Federico. Subamos á mi casa... á aguardar á Hector. (*Dan algunos pasos y se detienen.*) No, escuchad... he oido hablar.

Ana. (*Fuera.*) Tan pronto de vuelta?

Federico. Es la voz de mi prima...

Luisa. (*Asustada.*) Ah! que no me vea!

Federico. (*Señalando á la puerta de la derecha.*) Ahí.. ahí... no temais.

Luisa. (*Dudando.*) Y sí...

Federico. No! Por piedad... si me amais... (*Luisa entra en el gabinete de la derecha, cuya puerta cierra Federico.*)

ESCENA VII.

ANA. FEDERICO.

Ana. (*Sale corriendo muy alegre por la puerta del foro.*) Querido primo!... tan temprano!.... muy bien.... muy bien!... asi me gusta!... Ya me lo figuraba. Pues! Lo que yo decia... sabe que estoy con cuidado... y vendrá... por mí... y por él tambien un poquillo...

Federico. (*Con embarazo.*) Ah! sin duda!

Ana. Vamos... qué noticias me traeis? Y ese fastidioso desafio?

Federico. Se ha verificado... esta mañana...

Ana. Y Balandard? (*Con viveza.*)

Federico. No le ha sucedido nada...

Ana. Me alegro.—Y su adversario?

Federico. (*Turbado y mirando hácia la puerta de la derecha.*) Ignoro... no sé.

Ana. Pues no habeis estado presente?.... no érais padrino?

Federico. (*Idem.*) Quiero decir... no sé si tendrá malas consecuencias.

Ana. Con que ha sido herido?

Federico. (*Con viveza.*) Sí, sí... prima mia. Creia haberlo dicho.

Ana. Ni una palabra! — Miren el señor Hector!... quién lo habia de decir?... Batirse asi!... herir á un hombre!... Os habia prometido guardar el secreto, pero eso se va haciendo muy grave... es un hombre terrible.

Federico. Anita!...

Ana. Yo no puedo permitir que Julia se case, sin saberlo, con un calavera, un camorrista, un espadachin...

Federico. En nombre del cielo!...

Ana. (*Con viveza.*) Es vuestro amigo... pero Julia es tambien amiga mia... y cuando se trata de su felicidad...

ESCENA VIII.

ANA. FEDERICO. CLERAMBEAU.

Clerambeau. Qué es esto? qué es esto? Juntos ya!

Ana. (*Atolondradamente.*) No hagais caso, papá; estábamos disputando con motivo de... (*Corriendo á él y abrazándole.*) Buenos dias... ya sabeis que sois vos la primer persona á quien tengo costumbre de dárselos...

Clerambeau. (*Sonriéndose y mirando á Federico.*) No asi esta mañana, á lo que veo!... Me habian dicho que Balandard habia venido, y que preguntaba por mí... (*A Anita que habla bajo con su primo.*) Pero qué haces ahí, muchacha?... No sabes que tu padrino viene á almorzar con nosotros?

Ana. Es verdad!...

Clerambeau. Y te estás asi sin tomar ninguna disposicion... no te ocupas de nada... ni aun de los asuntos de la casa... Tu primo no te va á querer... va á retirar su palabra...

Ana. (*A Federico.*) Es verdad eso, Federico?...—Voy á mandar que dispongan el almuerzo... ya vereis... un almuerzo soberbio. (*Sube hácia el foro.*)

Clerambeau. (*Pasando al lado de Federico.*) Y yo á ocu-

parme de la dote... es artículo que no debe descuidarse.

Ana. (*Volviendo por la izquierda al lado de su padre.*) Bah! se me figura que mi primo se casaria conmigo sin eso.—No es verdad, Federico?

Clerambeau. (*Volviéndose hácia ella.*) Pero quieres marcharte?... No hay medio de hacer carrera de ella... ya no me hace caso.—Anda, anda... sino no habrá nada dispuesto... anda... (*Mirando á Federico.*) y asi estarás mas pronto de vuelta!

Ana. (*Con alegria, retirándose.*) Luego decís que no os hago caso... Lo veis... ya me voy, padre mio... ya me voy... pero vuelvo corriendo, (*Vase corriendo por la puerta de la izquierda, y Clerambeau la sigue mas despacio; durante este tiempo Luisa entreabre la puerta.*)

Luisa. (*A media voz.*) Puedo salir ya?

Federico. (*De pronto y cerrando la puerta.*) Todavia no...

Clerambeau. (*Volviéndose y viendo á Federico cerrar la puerta, vuelve á bajar.*) Eh?... qué es eso? han cerrado esa puerta?...

Federico. (*Turbado.*) Puede ser... no he visto...

Clerambeau. (*Atravesando hácia la derecha.*) Me parece haber oido hablar...

Federico. (*Deteniéndole por el brazo.*) Sí... yo... que he dirigido algunas palabras...

Clerambeau. A quién?

Federico. A quién?... A Balandard... me pareció haberle visto en ese gabinete, donde se encerró poco há...

ESCENA IX.

HECTOR. FEDERICO. CLERAMBEAU.

Hector. (*Acercándose á Federico y en voz baja.*) El coche está á la puerta.

Federico. (*Se estremece, y le dice de pronto en voz baja.*) Bien.

Hector. (*Idem.*) Subo á tu casa... á avisarla?

Federico. (*Idem.*) No!... (*Hector se separa, y Clerambeau se acerca á Federico.*)

Clerambeau. (*A media voz.*) Pues no tienes ahí á Balandard?

Federico. (*Turbado.*) Es cosa... que me sorprende.

Clerambeau. (*Idem.*) A mí no... porque creo haber visto faldas...

Federico. (*Idem.*) Alguna persona de la casa...

Clerambeau. Nadie ha pasado por esta sala...

Federico. Verdad es... pero por la otra escalera... hay otra puerta....

Clerambeau. No la hay...

Federico. (*Con la mayor turbacion.*) Entonces... no sé... no puedo esplicarme... me habré engañado... ó vos tal vez...

Clerambeau. (*Dando un paso.*) Es muy facil verlo... (*Deteniéndose.*) Mi hija!

ESCENA X.

HECTOR. ANA, *que sale por el foro.* SAN GERAN. FEDERICO. CLERAMBEAU.

Ana. (*Con mucha alegria.*) Mi padrino... mi padrino!

Clerambeau. (*Saliendo á su encuentro.*) Llega á muy buena hora.

Federico. (*Aparte.*) Maldicion sobre mí!

Ana. (*Deteniendo á Hector que quiere marcharse.*) Dónde vais, señor Balandard? No os dejo salir; nos acompañareis á almorzar. (*Clerambeau sube hasta el foro para recibir á San Geran, á quien da la mano. Durante este tiempo, Federico turbado é indeciso ha querido acercarse á la puerta de la derecha; pero se encuentra delante á Clerambeau, que se ha separado de San Geran y que no cesa de examinar á aquel. Federico viendo esto vuelve á bajar al proscenio.*)

San Geran. (*A Anita.*) Me he hecho esperar otra vez, y sin embargo no he perdido el tiempo!... Sin detenerme siquiera en ir á casa... he corrido á la Cancilleria para tener el gusto de dar una sorpresa á mi ahijada... pero no acababan nunca... y me he visto obligado á esperar hasta ahora...

Ana. Es posible!

San Geran. (*A Ana en voz baja.*) Pero al fin te traigo aqui el despacho... el despacho de caballero de la legion de honor que tu esposo recibirá de tus manos... Se le entregarás esta noche al firmar el contrato.

Ana. Ah! cuántas bondades!

Clerambeau. (*Que se ha retirado del estremo de la derecha del teatro, viene á colocarse al lado de San Geran y le dice lleno de conmocion.*) Amigo mio, tengo que confiaros una sospecha... quisiera pediros vuestro parecer... haceros una consulta.

Hector. (*Presentándose.*) Aqui estoy yo que soy abogado!

Clerambeau. (*A Hector.*) Gracias... Tened la bondad de aguardarme con mi hija en la sala inmediata... nosotros no tardaremos.

Ana. (*A Hector.*) Es para lo del dote... Venid.

Hector. Qué pálido está vuestro padre!

Ana. (*Con atolondramiento.*) Tendrá hambre... apostaria á que es eso... Un poquito de paciencia... el almuerzo va á estar corriendo.—(*A Hector.*) Venid. (*Vase con Hector por la puerta de la izquierda, y Clerambeau da algunos pasos detras de ellos para cerciorarse de que se han marchado.*)

ESCENA XI.

CLERAMBEAU, *bajando y colocándose á la izquierda.* SAN GERAN. FEDERICO.

San Geran. Hablad... qué me quereis?

Clerambeau. (*Con conmocion.*) Queria recordaros... amigo mio... que al pedirme la mano de mi hija para mi sobrino, dijísteis que respondiais de él. Me jurásteis bajo palabra de honor que en su conducta no habia ningun misterio... que no tenia ninguna intriga amorosa... ni mucho menos relaciones de tal naturaleza que pudiesen comprometer en lo venidero la felicidad de mi hija.... y con esa sola condicion consentí... ya lo sabeis!

San Geran. Ciertamente!... pero adónde vais á parar?

Clerambeau. A esto, amigo mio... á que no os debeis asombrar ni resentiros conmigo, si retiro mi palabra...

San Geran. Pensais en lo que decís?

Federico. Pero por qué? hablad!...

Clerambeau. Y se atreve á preguntármelo... cuando hace un instante, aqui mismo... en mi casa... en casa de la que iba á ser su esposa ha recibido á una muger en se-

creto... (*Atravesando la escena.*) la cual está escondida ahí, en ese cuarto!

Federico. (*Poniéndose delante de Clerambeau, que queria entrar.*) Caballero! (*San Geran estará á la estremidad de la izquierda, Clerambeau enmedio, Federico á la derecha.*)

Clerambeau. (*A San Geran.*) Y la prueba de ello es que no quiere dejarme entrar.

Federico. (*Con impaciencia.*) Porque... porque, á pesar del cariño y del respeto que os profeso... no quiero verme despues de casado hecho víctima de una vigilancia inquisitorial... no quiero verme espuesto todos los dias á sospechas injuriosas... y el mejor modo de oponerme á esa tiranía en lo sucesivo, es empezar desde ahora.

San Geran. Eso me parece muy justo.

Clerambeau. Lo será; pero yo estoy cierto de que era un vestido de muger lo que he visto.

Federico. (*Turbado.*) Es posible!... Mas repito que no he visto á la muger que ha entrado en ese cuarto... y que será alguna criada de la casa.

Clerambeau. (*Queriendo entrar en el cuarto de la derecha.*) Entonces, veamos.

Federico. (*Poniéndose delante de él.*) Es decir que no creeis en mi palabra... y que vuestra desconfianza llega á tal punto...

Clerambeau. Yo no desconfio de nadie... pero me gusta ver las cosas por mí mismo...

Federico. Hé ahí lo que me ofende... y lo que no permitiré nunca...

San Geran. (*Sonriéndose.*) No hay que enfadarse, amigos mios. Yo soy desinteresado en la cuestion... si quereis tomarme por juez...

Federico. (*De pronto, corriendo á cerrarle el paso, y quedándose de este modo entre San Geran que está á la izquierda, y Clerambeau que se halla á la derecha del espectador.*) No tal, caballero... no!

San Geran. (*Atónito.*) Y por qué?

Federico. (*Turbado y mirando siempre á Clerambeau, que se dirige á la puerta de la derecha.*) Porque dudaria hasta de vos... no os creeria... no cree en nada.

San Geran. (*Sonriéndose y yendo á sentarse en un sillon de la izquierda.*) Es cierto!

Federico. (*Mirando á Clerambeau en ademan de súplica.*) Ni aun en mi honor!

Clerambeau. (*Que se dirigia hácia la puerta del gabinete, se detiene un instante indeciso y admirado.*) En verdad... no sé si deba... (*Federico hace un movimiento de alegria.*) No, pese al diablo!... (*Lánzase al cuarto de la derecha. Federico se queda anonadado, y no sale de su estupor sino á la voz de San Geran.*)

ESCENA XII.

SAN GERAN. FEDERICO.

(*San Geran sentado en el sillon de la izquierda hace seña á Federico para que se acerque á él.*)

San Geran. Decid... (*En voz baja.*) Hay de veras algo?... (*Señalando á la puerta de la derecha.*) Será ella?... la de siempre... que habrá venido á perseguiros hasta aqui?

Federico. (*Con viveza.*) No, señor conde, nadie! Y os juro...

San Geran. Os creo, porque no siendo asi, me hubiérais elegido por árbitro... persuadido de que mi declaracion hubiera sido en favor vuestro.

ESCENA XIII.

SAN GERAN, *sentado á la izquierda.* FEDERICO *de pie á su lado.* CLERAMBEAU, *que sale del cuarto de la derecha, cuya puerta vuelve á cerrar. Viene pálido, desencajado, sosteniéndose con dificultad y afectando un semblante risueño.*)

San Geran. (*Mirándole.*) Y bien! (*Clerambeau intenta hablar y no puede.*) Vamos, qué?

Clerambeau. (*Queriendo sonreirse.*) Nada... nada... absolutamente nada.

Federico. (*A San Geran.*) Os lo habia dicho.

San Geran. (*Viendo á Clerambeau.*) Todavia está todo confuso y desconcertado.

Clerambeau. De ningun modo; quiero decir, es muy posible... la sorpresa de no haber visto nada... (*Mirando á Federico.*) Y ahora veo que... que...

San Geran. (*Pasando á ponerse á su lado.*) Que haceis mal en ser suspicaz y en desconfiar de todo... Esto os servirá de leccion!

Clerambeau. Sí... la aprovecharé.

San Geran. Para apresurar la boda. (*Movimiento de Clerambeau.*) Oh! reclamo la palabra que me habeis dado... y ahora, querido amigo, que no teneis ya pruebas ni sospechas que oponerme.

Clerambeau. (*Dejándose llevar de su arrebato.*) Pero si lejos de eso...

San Geran. Cómo! habia acaso?...

Clerambeau. (*De pronto.*) Nadie... no habia alma viviente... Pero me hablábais de sospechas, y digo: que lejos de eso... ya no las tengo...

San Geran. Entónces es lo mismo que yo decia... y no habiendo ya obstáculos, todo está corriente... Venga esa mano, y esta noche el contrato.

Clerambeau. (*Tartamudeando.*) Sí, amigo, sí.

San Geran. Y en cuanto al artículo que corregimos esta mañana... (*A Federico.*) el de la dote que hemos revisado y aumentado.

Federico. (*Avergonzado.*) Oh Dios mio!

San Geran. No lo mandais al notario?

Clerambeau. (*Dirigiéndose hácia el foro con agitacion.*) Ahora mismo, querido conde, ahora mismo... Tened la bondad de entrar donde está mi hija... Yo vuelvo al momento... vuelvo al momento en busca vuestra... y en busca de...

San Geran. (*Con jovialidad y encaminándose á la puerta de la izquierda.*) Del desayuno.

Federico. (*Pasando al lado de Clerambeau.*) Pero, caballero...

Clerambeau. (*En voz baja y con gravedad.*) Yo mismo la sacaré de ahí.

San Geran. (*Volviéndose hácia Federico.*) Vamos?

Clerambeau. Andad, andad... no veis que os estan esperando? (*Vanse Federico y el conde por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

CLERAMBEAU. LUISA.

(*Clerambeau yendo á abrir la puerta de la derecha, por la que sale Luisa.*)

Clerambeau. Ya podeis salir, señora; los he alejado á todos.
Luisa. (*Vacilando y apoyándose en el sillon que está cerca de ella.*) Ah! las fuerzas me abandonan!
Clerambeau. (*Asustado.*) En nombre del cielo!
Luisa. Escuchadme por piedad... vos que me habeis salvado vida y honra...
Clerambeau. (*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*) Pueden volver!...
Luisa. (*Delirante.*) Qué importa? si logro salvaros á vos tambien... si impido ese casamiento en el cual vos no podeis ya consentir, ni yo tampoco! (*Recobrándose.*) Perdonad, caballero, perdonad, no quiero ofenderos; al contrario... solo deseo vuestra felicidad y la de vuestra hija... No puede ser feliz, porque él no la amará.
Clerambeau. Luego esos vínculos... no estaban rotos como él decia?
Luisa. Sí, lo estuvieron!... ayer... aqui mismo... Ah! entonces tenia fuerzas... me sentia con valor... creia que ya no me amaba. (*Con alegria.*) Pero me engañaba, y él tambien. Asi que ha sabido los peligros que me rodeaban...
Clerambeau. Es posible?
Luisa. Quiso abandonarlo todo, espatriarse conmigo.
Clerambeau. (*Con severidad.*) Con vos!
Luisa. Ah! no me reconvengais, caballero. Conozco cuán culpable soy; pero á quién habia de confiar mi martirio, mis temores?... No tengo padre!... si le tuviese... me arrojaria á sus pies y le diria: compadeceos de mí... mi cabeza se estravia... defendedme de mí misma... impedid que me pierda... (*Cayendo de rodillas.*) porque yo no puedo hacer mas que amarle!
Clerambeau. (*Enternecido y queriendo levantarla.*) Señora, señora... hija mia!
Luisa. (*Levantándose con alegria.*) Hija mia!... habeis pronunciado esa palabra!

Clerambeau. Sí, á mí me toca mirar por vos... pero alejaos en nombre del cielo!

Luisa. Me marcharé! os obedezco... si me jurais que ese casamiento no tendrá efecto.

Clerambeau. (*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*) Alguien viene... vuestro marido tal vez.

Luisa. Mi juez! todo lo sabrá... (*Con alegria.*) No, es Federico.

ESCENA XV.

FEDERICO. CLERAMBEAU. LUISA.

Federico. (*Precipitándose al lado de Clerambeau.*) Caballero!

Clerambeau. (*A Federico con tono severo y señalando á Luisa.*) Podeis conocer que desde este momento vuestra boda es imposible.

Luisa. (*Dando un grito.*) Ah! ya puedo marcharme. (*Vase por la puerta del foro.*)

Federico. (*A Clerambeau con desesperacion.*) Qué habeis hecho?

Clerambeau. Mi deber! Mi hija lo sabrá todo.

ESCENA XVI.

ANA. CLERAMBEAU. FEDERICO.

Ana. (*Saliendo por la puerta de la izquierda, y dirigiéndose con rapidez á Federico.*) Vamos... y el almuerzo? Os estamos esperando!

Clerambeau. Allá vamos, hija mia, allá vamos. (*Mirando á Federico, á quien Ana ha cogido por el brazo y se lleva.*) El! yerno mio!... Jamás.

Acto quinto.

La misma decoracion del acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

ANA. HECTOR.

Hector. Queda hecho vuestro encargo; en cuanto me levanté de la mesa me personé en casa de la señorita Julia Giraut, á quien he convidado de vuestra parte para esta noche.

Ana. Y habrá aceptado?

Hector. Con una gracia... con una amabilidad... Ha consentido ademas, en que yo vaya á buscarla, dispensándome el honor de admitir mi brazo hasta vuestra casa... y su padre, el dignísimo Giraut, negociante en vinos, que si ha inventado el modo de hacer dinero con chacolí, seguramente no es de los que inventaron la pólvora... me ha dicho al despedirme: «Amigo mio, me pierdo en conjeturas... pero juraria que de ayer á hoy, la chica os ama... Me ha dicho eso el buen señor...

Ana. Es posible!...

Hector. Al pie de la letra... Y si no fuera por el temor de que se me acusára de fatuo, cualidad agena de mi carácter... me aventuraría á decir que ese honrado negociante, ha dicho la verdad. *In vino veritas.*

Ana. (*Sin entenderle.*) Cómo?

Hector. Nada!... era una cita... pero es tal mi alegria... y

estoy tan agradecido á vuestra amiguita porque me ama, que no quiero tener secretos para ella.—Se lo voy á confesar todo.

Ana. (*Dándole la mano.*) Eso estará muy bien hecho... y me reconcilia con vos... pero no os tomeis ese trabajo... ya se lo he contado yo todo.

Hector. Cómo?

Ana. Vuestro desafio... vuestro valor.... y ese hombre á quien habeis herido...

Hector. (*Asustado.*) Qué me decís?

Ana. Era deber mio el contárselo.

Hector. (*Idem.*) Todo se ha perdido!...

Ana. Al contrario... luego que lo supo, esclamó enagenada y sorprendida. «Balandard se ha batido!... Balandard ha tenido un desafio...!" Y si vierais qué conmovida estaba al preguntar qué es lo que os habia pasado... Como que casi hubiera sido mejor para vuestros amores que hubieseis salido herido!..

Hector. (*Con mucha alegria.*) Con que me ama!...

Ana. Y me confesó que en vista de lo ocurrido, ya no la detenia mas que una cosa para acabar de decidirse por vos... era el tener que llamarse madama Balandard....

Hector. Nada; pues decirla que ahora se llamará madama Hector... una vez que la gustan los valientes... ya he dado pruebas de que yo no le voy en zaga al esposo de Andrómaca. Sin duda es cualidad que viene con el nombre...

Ana. Pero me tiene atónita... yo no la conocia hasta ahora esa tendencia belicosa.

Hector. La cual, á decir verdad, no deja de tener sus inconvenientes; porque si para seguir agradándola, fuese preciso tener que estarse batiendo todos los dias.... Bien que los que ya hemos hecho nuestras pruebas...

Ana. Sí por cierto... pero hablando de otra cosa... decidme, vos que estais enterado de todo... De qué proviene que mi primo ha estado tan triste y silencioso durante el almuerzo?

Hector. (*Con jovialidad.*) No podré decíroslo porque no he hecho alto... me he limitado á comer, beber, y hablar mucho. Estaba tan contento de haber oido marchar á ese maldito coche...

Ana. Qué coche?

Hector. (*Reprimiéndose.*) Nada... el de un cliente fastidioso

que me tiene quemada la sangre... En fin, cada cual se divierte á su modo; yo estoy por la alegria espansiva, y él por la alegria taciturna.

Ana. No.... debe tener alguna cosa... porque luego que os marchasteis vos y mi padrino, se acercó mi padre á mí como para decirme algo. Federico le detuvo, y aunque se hablaron en voz baja, oí que le decia: «Yo, prefiero ser yo.—Os lo prometo.»

Hector. Y qué quiere decir eso?

Ana. (*Con jovialidad.*) Algun asunto de mi padre... porque en seguida se marchó y nos dejó solos.... Federico entonces me cogió la mano temblando y me dijo: Ana!... es preciso que os diga... que sepais que os amo mas que á nadie en el mundo... que no puedo vivir sin vos.... (*Con atolondramiento.*) Ya veis qué secreto? Como si se necesitáran tantos misterios para decir eso? Pero mientras hablaba asi me pareció que sus ojos estaban empañados de lágrimas...

Hector. Aparte.) Gran Dios!

Ana. Digo que me pareció, porque sin acabar y sin volver siquiera la cabeza, se marchó de repente.

Hector. (*Aparte y enojado.*) Pues señor... ya hay alguna otra cosa en campaña.

Ana. Qué podrá ser? Lo sospechais vos, Balandard?

Hector. Toma!... algun disgustillo... por vos únicamente... porque, en fin, si diese la casualidad que no le amaseis sino por su gloria artística... como Julia á mí... por mi valor...

Ana, Eh! quitad allá... no puede ser por eso.

Hector. A menos que no provenga su tristeza de algun apuro pecuniario... de deudas que no quiera descubrir á vuestro padre...

Ana. Creeis que sea eso?... A! hácia aqui viene... tened la bondad de dejarnos solos.

Hector. (*Acercándose á Federico que viene por la puerta de la izquierda.*) Qué demonios hay de nuevo, hombre?

Federico. (*Con gran turbacion.*) Despues te lo diré.—Déjanos.

Hector. (*Aparte.*) Vamos... una vez que los dos lo desean... Si digo yo... Ay!.. vamos á buscar á mi Julia. (*Vase.*)

ESCENA II.

ANA. FEDERICO.

Federico. (*Aparte y mirando á Ana.*) Tendré valor esta vez? no me queda otro remedio... he prometido á su padre inmolar yo mismo mi felicidad y mis mas caras esperanzas.

Ana. (*Aparte.*) Veamos si con un poco de astucia logro averiguar lo que le apesadumbra.

Federico. (*Con cortedad.*) Prima mia...

Ana. Qué?

Federico. (*Idem.*) Estabais hablando con Balandard?

Ana. Sí... hablabamos de cosas indiferentes.... de unos jóvenes amigos suyos... (*Con viveza.*) Y deciamos que es indudable que un joven que llega á París... sin medios... no puede por mucho talento que tenga, crearse desde luego una posicion independiente, un modo de vivir.... Entretanto que se da á conocer... es preciso que se mantenga... y ya se vé, entonces es muy natural... que pida prestado... que contraiga deudas... (*Movimiento de Federico.*) Yo no veo en eso ningun mal... al contrario... le amaria mas...

Federico. (*Admirado.*) Por qué decís eso?

Ana Por qué?.. porque es muy natural que se oculten tales cosas á un suegro... los suegros no pueden comprender eso, ó al momento lo achacan á lo malo.... Pero una hermana... una prima... una amada... yo, por ejemplo...

Federico. Qué oigo!.. creiais... os han engañado... no hay nada de eso... os lo juro...

Ana. Ah! lo siento...

Federico. Y queriais...?

Ana. Partir cuanto tengo con vos... cifraba en ello mi ventura... y lo consideraba ya como un deber... Y vos, por qué no seguís mi ejemplo, amigo mio?... no me juzgais acreedora á compartir vuestras penas?...

Federico Ah!... cuanto mas os escucho, mas imposible me parece confiároslas.

Ana. Pero yo las he adivinado.

Federico. (*Sobresaltado.*) Qué decís?

Ana. Muy feliz y digna de envidia me contemplaré seguramente en vuestros triunfos artísticos, y en llevar un nombre célebre y cubierto de gloria... pero no será en los dias de aplausos y de lauros en los que yo os amaré con mas estremo! Enagenado con vuestro triunfo, mi cariño os seria entonces inútil... Para el artista mas eminente y afortunado, hay dias en que la lucha es dudosa, y aun fatal á veces... entonces, en esos dias, será cuando me tendreis á vuestro lado... mi corazon latirá á la par del vuestro con igual temor ó con igual esperanza!... Os diré para tranquilizaros: Valor, amigo mio!.. ó tendré miedo con vos... Y si por desgracia sucumbimos... ah! entonces sí que os mostraré todo mi cariño... porque tendreis necesidad de consuelo... porque mi amor crecerá con vuestro infortunio... y si dudais de ello, hablad, amigo mio, decid que sois desdichado y lo vereis.

Federico. Ah! teneis el alma mas noble y perfecta del mundo.

Ana. No... no... pero bien sabia yo que habia de adivinar vuestros temores... Desechadlos pues... no os quede ya ningun recelo... (*Con amor.*) Le tengo yo acaso?... Reparad cuán bello porvenir se presenta ante nosotros!... amigos, consideracion en el mundo, riquezas y lo que vale aun mas que todo eso, la felicidad!... porque ambos nos amamos con igual delirio... y siendo los dos jóvenes, podemos amarnos aun tanto tiempo...

Federico. (*Enagenado.*) Ah! siempre, por toda la vida... (*Deteniéndose.*) No... no... no es eso lo que queria... lo que debia decir... pero al oirla todo lo olvidaba... no veia en ella mas que mi amada... mi esposa.

Ana. (*Arrojándose en sus brazos.*) Decid, amigo mio, no es eso cierto?

Federico. (*Dando un grito y estrechándola contra su corazon.*) Ah!

ESCENA III.

FEDERICO. ANA. CLERAMBEAU.

Clerambeau. (*Acercándose lleno de ira.*) Qué es lo que veo?

Ana. No, no os enfadeis, padre mio! Hemos tenido una

disputilla y nos estabamos reconciliando. No ha sido mas que eso.

Clerambeau. Es este el modo que teneis de cumplir vuestras promesas, caballero ?

Ana. Gran desman por cierto... el dia de los dichos !

Clerambeau. Déjanos.

Ana. Vaya que mi padre gasta una severidad... como sino estuviera viendo (*Mirando á Federico.*) que yo le he perdonado.

Clerambeau. He dicho que nos hagas el favor de dejarnos solos.

Ana. (*Pasando á su lado.*) Si, padre mio, allá voy pero queria encargaros...

Clerambeau. (*Impaciente.*) Bueno, bueno; no tengas cuidado, estoy en todo.

Ana. Sí, lindamente! Se os ha olvidado lo principal... la esposa de mi padrino, la condesa de San Geran, á quien no habeis convidado; ha sido un descuido... afortunadamente le he reparado yo en vuestro nombre... y vendrá sin falta... Ya me voy, ya me voy... (*Corriendo familiarmente hácia Federico.*) Adios, Federico... (*Conteniéndose al ver á su padre y haciendo un gran saludo á Federico.*) Caballero... quedad con Dios.

ESCENA IV.

CLERAMBEAU. FEDERICO.

Clerambeau. Quisisteis ser vos!... y accedí á ello porque hubiera sido capaz de no creerme... Os encargasteis de poner en noticia de mi hija que ya no la amabais, que preferiais á otra, y no obstante vuestra promesa...

Federico. Exijid de mí juramentos que sean compatibles con las leyes del honor y con la verdad... os repito que no amo en el mundo mas que á mi prima... que entre la condesa y yo todo se ha concluido... que ha venido aqui á pesar mio.

Clerambeau. Todo eso será cierto, pero no lo es menos que esa muger, quizás tambien á pesar vnestro, causará la desgracia de mi hija si llega á casarse con vos.

Federico. Nunca!... no lo creais.... esa muger se engañaba... ha tomado por amor esa marcha... ese sacrificio que hu-

biera causado mi eterna desventura... Pero ahora que se halla á cubierto del peligro no volveré á verla mas... Nada en el mundo podrá hacerme variar de resolucion..

Clerambeau. Qué sabeis vos ?... Si la hubierais visto aqui, hace poco, arrojarse á mis pies desesperada y anegada en lágrimas, tal vez... yo mismo al ver á esa pobre muger... pálida y fuera de sí... tan joven, tan desgraciada y tan bella... me sentí movido á compasion... no tuve ni aun valor para reconvenirla... y creo que hasta la he perdonado... yo, caballero, yo que tengo sesenta años; y vos no teneis mas que veinticinco!

Federico. Ah ! Señor.

Clerambeau. No, no quiero esponer el porvenir y la felicidad de mi hija por esperanzas tan inciertas: prescindo ahora de la opinion del mundo, del escándalo... consecuencia inmediata de tales relaciones... prescindo de la afrenta hecha á un hombre de honor que no perdonaria por ningun pretesto. Doy por supuesto que la casualidad que hasta aqui os ha favorecido, continuase del mismo modo y lograseis, merced á ella, seguir ocultando vuestro delito á los ojos de todos, no lo lograriais á los de mi hija... y yo la veria consumirse en silencio, devorar sus lágrimas... y sucumbir tal vez sin quejarse y sin acusaros.... Pero me acusaria á mí propio... que sabiéndolo todo, nada habia previsto... que por evitarla una pesadumbre de pocos dias, la habia condenado á un martirio continuo, á la desgracia de toda su vida.... No, no, he tomado mi partido y voy....

Federico. Si no os detiene mi desesperacion.... duélaos al menos la suya!

Clerambeau. Yo agotaré todos los recursos para consolarla... me la llevaré, huiré de aqui con ella... haré su voluntad en todo, escepto en esto... y con el tiempo y las distracciones... quizás otros amores...

Federico. Nunca! La conozco.

Clerambeau. (*Dando algunos pasos para marcharse.*) En fin, una vez que no os habeis atrevido á cumplir vuestra palabra, diciéndola que os negabais á este enlace...

Federico. Dispuesto estaba á cumplirla, pero al intentarlo he visto que era superior á mis fuerzas... y si ella estuviese aqui en este momento, no podria hacer mas que arrojarme á sus pies y á los vuestros... Tan escesiva cruel-

dad es agena de vuestro caracter... y mi angustiosa situacion, lo estoy viendo, os mueve á lástima.

Clerambeau. Es cierto, si... á pesar mio, te compadezco.... porque te aprecio, y siempre te querré como á sobrino, pero jamás como á yerno... Una vez que no tienes valor para verla ni hablarla... entonces... escríbela... eso la hará mas fuerza.... (*Señalando á la mesa de la izquierda.*) Sentáos ahí y escribidla.

Federico. Pero qué podré decirla?

Clerambeau. Voy á dictároslo: «Prima mia: es llegado el momento de hablar con franqueza: Yo no os amo.»

Federico. (*De pronto.*) Ah! repito que el amor que hácia ella esperimento es el mas sincero... el mas puro... el mas ardiente... Escribiré todo lo que querais escepto eso.

Clerambeau. (*Con impaciencia.*) Entonces busquemos otro pretesto. (*Dictando.*) «Os amo.»

Federico. Eso sí... (*Con ternura.*) »Os amo....»

Clerambeau. «Pero debo confesaros que vuestro carácter...

Federico. (*Deteniéndose y con fuego.*) El caracter mas noble y mas angelical!

Clerambeau. No digo lo contrario.

Federico. (*Idem.*) Lleno de dulzura, de bondad, un corazon escelente.

Clerambeau. (*Con orgullo.*) Oh! eso sí!

Federico. Vos mismo convenís en ello, ya veis que no puedo escribir nada contra su carácter: sería absurdo, inverosimil... No lo creeria...

Clerambeau. (*Colérico.*) Pues ello es preciso acabar de una vez... y deis ó no razones para vuestra negativa, habeis de negaros, ya que el honor de un amigo y el temor de comprometer vuestra existencia, me impiden hablar y decir la verdad...

Federico. (*Fuera de sí.*) Pues bien... reveladla de una vez... lo prefiero... Ya que es preciso dar fin á mi existencia, prefiero que acabe á manos de otro... me quedará al menos el consuelo de no haber firmado mi sentencia yo mismo... sino vos.

Clerambeau. Federico!... Cielos!... El conde!...

Federico. (*Rasgando el papel que habia empezado á escribir.*) Llega á tiempo... Decidlo todo delante de él: sois dueño de hacerlo.

Clerambeau. Yo!

ESCENA VII.

FEDERICO. CLERAMBEAU. SAN GERAN.

San Geran. Qué es esto? qué hay de nuevo?
Clerambeau. (*Turbado.*) Qué hay... conde... qué hay? Nada.
San Geran. Es decir que suegro y yerno habeis de estar disputando eternamente. (*A Clerambeau.*) Pues si siempre teneis tanta razon como esta mañana, amigo mio... De qué se trata?
Clerambeau. (*Turbado.*) De una esquela que yo le dictaba... y que él iba á escribir... no... que se negaba á escribir...
San Geran. (*Mirando á Federico.*) Para la dama?
Clerambeau. (*Idem.*) Sí... para esa muger que no renuncia á él... al contrario.
San Geran. Luego la ha vuelto á ver?
Clerambeau. (*Idem.*) No... no... he sido yo... Ha venido ella aqui... se opone á la boda... me lo ha dicho á mí en persona.
San Geran. Es decir que él la ama todavia?
Federico. (*Con desprecio é impaciencia.*) Yo !... la detesto.
San Geran. (*A Federico.*) Pues bien : eso es lo que debeis escribirla. (*A Clerambeau.*) Se niega á hacerlo, eh?
Clerambeau. Sí señor.
San Geran. (*Con severidad.*) Hace muy mal... relaciones de esa especie son cadenas cuyos eslabones no se separan sino se rompen... Cuando las cosas han llegado á tal estado... no se deben guardar mas consideraciones ni respetos.... Y pues ese yugo es ya para vos intolerable... debeis, no escribírselo... sino decírselo á ella misma... en su cara...
Clerambeau. (*Con viveza.*) Ni aun eso es bastante.
San Geran. Cómo? (*Admirado.*)
Clerambeau. Ni aun eso es bastante para mí... á quien esa muger ha manifestado... que jamás consentiria en la boda... y á menos que ella consienta y lo solicite por sí misma.
Federico. (*Con rabia.*) Exijís un imposible...
San Geran. (*Idem.*) Entonces es decir que retirais vuestra palabra.
Clerambeau. (*Idem.*) Eso es lo que digo y lo que quiero...
Un criado. (*Anunciando.*) La señora condesa de san Geran.

ESCENA VI.

FEDERICO. SAN GERAN. LUISA. CLERAMBEAU.

Clerambeau. (*Turbado.*) La condesa! (*Luisa hace una profunda reverencia á Clerambeau.*)

San Geran. Mi muger... que venia para ese contrato... para ese casamiento que se ha deshecho.

Luisa. (*Con alegria mal reprimida.*) Es posible!

San Geran. (*Con enfado.*) Sí por cierto... un nuevo incidente... (*Señalando á Federico.*) El señor rehusa...

Luisa. (*Con alegria.*) Por qué causa?

San Geran. (*En voz baja y hablando por cima del hombro á Luisa.*) Por una muger...

Luisa. (*Con alegria y ternura.*) A quien ama mucho sin duda?

San Geran. (*Idem.*) Al contrario... á quien aborrece... á quien detesta...

Luisa. (*Aparte.*) Cielos!

Federico. (*Con viveza.*) Permitid...

Clerambeau. (*Idem.*) No ha dicho tal cosa...

San Geran. Lo ha dicho... hace poco... aqui mismo... ó al menos ha convenido en ello... es un compromiso que maldice... que le es insoportable.

Luisa. (*Conmovida.*) Y cómo esa persona no tiene noticia de tales sentimientos?

San. Geran (*Idem y en voz baja.*) Qué sé yo? le detienen consideraciones necias, una delicadeza absurda y no se atreve á confesarla la verdad. (*En alta voz y con energia.*) Pero yo opino que es preciso que esa muger la sepa por fin, aun cuando tenga que decírsela yo mismo.

Luisa. (*Con viveza.*) Teneis razon.

San Geran. No es verdad?

Federico. (*De pronto.*) Por Dios!...

San Geran. (*Señalando á Federico.*) Pero él no quiere... no se atreve... miradle... esa sola idea le pone todo trémulo y acontecido...

Luisa. (*Lanzando una mirada de desprecio á Federico el cual baja los ojos.*) Decís bien!

San Geran. Y ahora, amigo mio, (*A Clerambeau.*) yo no encuentro mas que un medio... Voy á buscar á Ana... Su

presencia le dará tal vez el valor que le falta... ó de lo contrario creeré como vos que no la merece, si vacila un solo instante entre la muger á quien ya no quiere y la que ama. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VII.

LUISA. FEDERICO. CLERAMBEAU.

Luisa. (*Dejándose en el sillon de la izquierda inmediato á la mesa.* Ah!

Federico. (*Sigue con la vista á San Geran durante algunos instantes y en seguida se acerca á Luisa.*) Por piedad!... dignaos oirme!

Luisa. (*Haciéndole seña con la mano de que se aleje.*) Dejadme!

Clerambeau. (*Pasando á su lado.*) Sí señora... tened por cierto... os aseguro...

Luisa. (*Haciéndole seña con la mano de que se calle.*) Basta! (*Deja caer la vista sobre la mesa, en la cual ve papel y plumas; pónese á escribir precipitadamente y con la mayor agitacion.*)

ESCENA VIII.

LUISA, *escribiendo en la mesa de la izquierda.* CLERAMBEAU FEDERICO. HECTOR, *que sale por la puerta del foro.*

Hector. (*Corriendo á Federico.*) Ah! amigo de mis entrañas, acabo de llegar con Julia y su padre... gracias á tu idea, consiente en casarse conmigo... mañana tomamos los dichos.

Federico. (*Señalándole á Luisa que escribe.*) Silencio!

Hector. (*Estupefacto al verla.*) Huy! ya estoy temblando por nosotros! Ella aquí!

Clerambeau. (*A Federico señalando á Hector.*) Conque el señor sabia...

Hector. (*A media voz.*) Sí... por mi desgracia.

Federico. (*Mirando á la derecha.*) Alguien viene.

Clerambeau. (*A Luisa.*) Señora, en nombre del cielo... ved lo que haceis... llega gente...

Luisa. (*Que sigue escribiendo.*) Dejadme, os digo!
Federico. (*Que sigue mirando hácia la derecha.*) Es el conde!
Hector. (*A Clerambeau.*) Es su marido!
Clerambeau. (*A Luisa.*) Vuestro esposo!
Luisa. (*Con frialdad.*) No importa.

ESCENA IX.

LUISA, *escribiendo en la mesa.* CLERAMBEAU Y HECTOR *delante de ella para taparla.* FEDERICO, *saliendo al encuentro del conde, que sale trayendo á* ANA *de la mano, por la puerta de la derecha.*)

San Geran. Venid, Anita, venid y sabreis...
Ana. (*Con jovialidad.*) Oh! no os vale que empleis tanto misterio... es para el contrato... porque acaba de llegar el notario... y voy á dar orden de que esté todo dispuesto. (*Sube hácia el foro y da orden á los criados de colocar en medio de la habitacion una mesa rodeada de sillones; en seguida se marcha por la puerta del foro, y vuelve á salir pocos instantes despues con el notario.*)

ESCENA X.

LUISA. CLERAMBEAU. HECTOR. FEDERICO. SAN GERAN.

(*Al mismo tiempo de volver á salir Ana se levanta Luisa de la mesa, se acerca á Clerambeau y le deja furtivamente en la mano la carta que acaba de escribir.*)

Luisa. Leed, caballero.
Clerambeau. Ah! gran Dios! (*Luisa se separa de él.*)
Hector. (*Acercándose precipitadamente.*) Cómo?
San Geran. (*Que estaba en la estrema derecha volviéndose á este tiempo hácia Clerambeau y Hector.*) Qué es?
Clerambeau. (*Turbado.*) Una carta!...
San Geran. Que recibís ahora?
Clerambeau. (*Turbado y señalando á Hector que está cerca de él.*) Sí... sí... Balandard acaba de entregármela.
Hector. (*Aparte.*) Vuelta conmigo!...
San Geran. (*Acercándose.*) Carta de ella?... Veamos.

Hector. (*Que está entre los dos, estendiendo la mano.*) Tengo orden de no permitir que la vea mas que el señor...

Clerambeau. Es cierto!

San Geran. Entonces... leednosla al menos.

Luisa. (*Con dignidad.*) Sí, caballero, leed, leed alto.

Clerambeau. (*Leyendo con voz conmovida.*) «Suplico al señor de Clerambeau que dé su hija en casamiento á Federico de Albret, y le juro que entre este y yo todo se ha concluido para siempre. Si aun tuviese duda de ello, esta carta de la cual dependen mi felicidad y mi vida, es la mas segura garantia de mi palabra.» Y está firmada...

Hector. Federico. Es posible?

Clerambeau. Firmada con todas sus letras.

San Geran. (*Pasando al lado de Clerambeau y en tono de aprobacion.*) Sabeis que esa muger... á pesar de todas sus culpas...

Clerambeau. (*Dándose prisa á interrumpirle.*) Verdad que sí? (*Con fuego y dando sobre la carta que acaba de doblar.*) Es una bella accion!... sublime!

ESCENA XI.

ANA. LUISA. CLERAMBEAU. SAN GERAN. HECTOR. FEDERICO.

Ana. (*Que ha salido por la puerta del foro y ha oido las últimas palabras.*) El qué? padre mio, el qué?

Clerambeau. (*De pronto.*) No te importa.—Dónde está el notario?

Ana. Aqui le teneis. (*Todo el mundo se vuelve y sube hácia el foro; el notario está sentado delante de la mesa donde habrá varias bujías; dos de ellas estarán encendidas, y otras dos no lo estarán aun; varios sillones colocados en semicírculo á derecha é izquierda de la mesa.*)

Clerambeau. Perfectamente...

San Geran. A firmar! á firmar!

Ana. Qué alegria! (*Ana y Federico suben y van á colocarse de pie á derecha é izquierda del notario que les presenta la pluma: firman los dos.*)

Clerambeau. (*Que está á la izquierda del espectador atra-*

reto de estaño.
ias de un coronel.
el Veronés.
de la tempestad.
da improvisada.
ino el tapicero.
solterones.
hre mas feo de Francia.
toledana.
ar.
igo de una madre.
morias del diablo.
sa con dos puertas.

bofetones.
n vedado.
rio.
por interés.
nie vuelvo.
n padre.
de Bilbao.
ell.
Paulina,
a de palo.
, viuda y casada.
estante.
a de Médicis.
llero de industria.
al el leñador.
a de Belle Isle.
lo.
co y la huérfana.
del hambre.
cripto.
llacion de los inocentes.
celosos.
icos del rey de Prusia.
ia de Castro.
bre de bien.
jada.

to de familia.
ntura de Carlos II.
era.
der flamenco.
tario privado.
na de Alby.
na.
obleza.
Perez y Felipe II.

ga sus agravios.

cobrar el cetro.
ños despues.
novicio.

o.
cieguecita.
ries.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judía de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mi.
Honoria.
Estar en babia.

Esta interesante coleccion comprende cerca de 400 comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 40 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.° marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 24 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.
Alcoy.....	Marti Roig.
Alicante.....	Champourcin.
Burgos.....	Arnaiz.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.
Barcelona.....	Piferrer.
Bilbao.....	Garcia.
Cadiz.....	Moraleda.
Córdoba.....	Berard.
Coruña.....	Perez.
Granada.....	Sanz.
Habana.....	Urban Ramos.
Huesca.....	Navarro.
Jaen.....	Orozco.
Jerez.....	Bueno.
Lugo.....	Pujol.
Málaga.....	Aguilar.
Murcia.....	Gisbert.
Oviedo.....	Longoria.
Orense.....	Novoa.
Pamplona.....	Erasun.
Palencia.....	Santos.
Palma.....	Gelabert.
Santander.....	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Santiago.....	Rey Romero.
San Sebastian..	Baroja.
Toledo.....	Hernandez.
Vitoria.....	Ormilugue.
Valencia.....	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodriguez
Zaragoza.....	Yagüe.